

Bivarius

Centro Cultural Biblioteca
Luis Echavarría Villegas
Universidad EAFIT









A decorative border with repeating floral and vine motifs in black and white, framing the central text.

Binaris

Libro electrónico artístico

Primer concurso de fotografía y narrativa
Centro Cultural Biblioteca
Luis Echavarría Villegas
Universidad EAFIT

2011

Índice

Presentación

MARTHA SENN

Directora Centro Cultural Biblioteca
Luis Echavarría Villegas

Relato Introductorio


La flor marchita

JUAN LUIS MEJÍA ARANGO

Rector Universidad EAFIT

1

Capítulo 1: Epistolar

- | | | |
|------|---|----|
| I. | Para Amada  | 10 |
| | ANDRÉS FELIPE RESTREPO PALACIO | |
| II. | A una sonriente desconocida | 17 |
| | JUAN GUILLERMO ROMERO TORO | |
| III. | El apagón de anoche | 25 |
| | ROBINSON ÚSUGA HENAO | |
| IV. | Epístola tardía para un científico difunto | 29 |
| | JUAN CAMILO RESTREPO SÁNCHEZ Y ALEJANDRA
MARÍA HERRERA CICERI | |

V. Jaidukamá	40
YULIANA LISBETH JARAMILLO GUZMÁN	
VI. La contestación	47
LILIANA MARÍA BUITRAGO FRANCO	
ALEXANDER BARAJAS MALDONADO	
VII. Memorias afiladas y sueños negros de carbón	59
EUGENIO MORALES MONTOYA Y DIANA CATALINA MUÑETONES VÁSQUEZ	
VIII. Postales	65
BEATRIZ EUGENIA GARCÉS BELTRÁN	
IX. Tango indiferente	69
JOSÉ DANIEL HENAO GRISALES	
X. Verde esmeralda	75
MARTA CECILIA MORA RAMÍREZ Y ÓSCAR ARANGO FRANCO	

Capítulo 2: Poesía

I. 01.01.10	86
LAURA GUTIÉRREZ ARDILA	
II. Desorientados	93
JOSÉ MANUEL DUQUE LÓPEZ	
III. Díes írae	97
ALEJANDRO PEÑA ARROYAVE	

IV. Encuentro	101
JULIÁN RAMÍREZ BARRERA Y BRENDA ROCÍO ROMERO DÍAZ	
V. La ciudad enceguecedora	105
PEDRO JOSÉ GIRALDO FRANCO Y JULIANA GIRALDO FRANCO	
VI. Las visitas	111
JUAN FERNANDO OSORIO SALAS	
VII. Sin Ítaca se es feliz	117
DAVID RICARDO MURCIA SÁNCHEZ Y DAVID RENDÓN PELÁEZ	
VIII. Tres poemas: Un libro, un hombre, una carreta	121
CLARA INÉS DUQUE TELLO Y CLARA CECILIA RADA PÉREZ	
IX. Y era loba...	128
MARÍA ALEJANDRA CALLE COOK Y ROBERT W. COOK	

Capítulo 3: *Relato Corto*

I. De roca y sal	134
CLAUDIA RESTREPO RUIZ Y JOSÉ LUIS RUIZ VÉLEZ	
II. Cuento de una línea ya vivida	141
PAULA ANDREA RUA TOBÓN	

III. Liviana	147
ESTEBAN ARENAS SÁNCHEZ Y SANTIAGO MUÑOZ MARZOLA	
IV. Nunca jamás	155
LINA MARCELA DURANGO GIRALDO Y TOMÁS MONTROYA URIBE	
V. Peces de otras aguas	159
FERNANDO MORA MELÉNDEZ	
VI. Será rápido	167
JUAN JOSÉ MUÑOZ GÓMEZ Y CRISTHIAN FELIPE AGUDELO BOLÍVAR	
VII. Testimonio de las neuronas Las que quedan	179
OLGA TATIANA PAJARES VALLEJO	
VIII. Tríptico de la vergüenza	188
ANDRÉS DAVID GUZMÁN HENAO Y YENNIFER CANO ROJAS	
IX. Un hombre rico	197
ESTEFANÍA HERRERA AGUDELO	

<i>Agradecimientos</i>	204
<i>Autores participantes</i>	208





Presentación

BINARIUS, el primer libro electrónico artístico del Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas de la Universidad EAFIT, reúne las mejores propuestas presentadas en el Primer Concurso de Fotografía y Narrativa realizado a través de una convocatoria nacional que tuvo lugar en el año 2010.

De diferentes ciudades de Colombia llegaron 45 epístolas, 101 poemas y 140 relatos cortos que hacen juego con la fotografía, creando un binomio de mutua inspiración entre la literatura y esta forma de arte visual. Un jurado calificador de la mayor prestancia académica integrado por los profesores Natalia Maya Ochoa, Efrén Giraldo Quintero y Juan Carlos Restrepo Rivas en el área de narrativa y los expertos en fotografía William Arango Hurtado y Blas José Navarro Mesa, escogieron las 28 propuestas publicadas en

esta edición. Realizamos este innovador concurso con el propósito de estimular y llevar a cabo iniciativas culturales que fomenten la circulación del talento creativo en idioma español y abrir espacios que incentiven el gusto literario y la escritura. Todo ello hace parte de la campaña denominada Eafitenses Culturalmente Activos que, en nuestro Centro Cultural Biblioteca, quiere crear conciencia sobre la titularidad de los derechos culturales de los integrantes de la comunidad universitaria. Se hace énfasis en las libertades para indagar, compartir, investigar, aprender, preguntar y disfrutar, con las que se fortalece el libre acceso a la información y el conocimiento.

Los futuros lectores de este libro observarán que algunos de sus autores utilizan lenguajes costumbristas en la narración de sus textos,

estilo que ha sido respetado en esta edición. Agradecemos de manera especial al doctor Juan Luis Mejía Arango, rector de la Universidad EAFIT, su deferencia al permitirnos incorporar a esta publicación como primer relato, el de su autoría titulado: “La Flor Marchita”, con un referente fotográfico de Melitón Rodríguez: la figura de María Cano.

Es para nosotros un placer poder entregar a la sociedad en general esta novedosa propuesta literaria en formato digital.

MARTHA SENN

Directora Centro Cultural Biblioteca

Luis Echavarría Villegas

Universidad EAFIT







Relato
Introdutorio

La flor tenarchita

Juan Luis Mejía Arango



Fotografía: María Cano, por Melitón Rodríguez. Imagen propiedad del Archivo Fotográfico de la Biblioteca Pública Piloto. Medellín.

A pesar del control moral, de las amenazas de despido y condena al fuego eterno, un día las obreras de la fábrica de Bello se sublevaron. Estaban cansadas del sistema de multas, de la arbitrariedad en la aplicación de las normas de disciplina y de la promiscuidad promovida por algunos supervisores. La mañana del 15 de febrero de 1920, un grupo de mujeres se plantó en la puerta de entrada e impidió el acceso a la fábrica. Los hombres trataron de reaccionar y Betsabé Espinosa líder del movimiento, se encaramó en un taburete y los increpó diciendo que se debían cambiar para llevar faldas y dejarles a ellas los pantalones*. Era la primera huelga promovida por obreras textiles.

La autonomía, la confianza en sí mismas, tuvo su símbolo en María de los Ángeles

* Luz Gabriela Arango, *Mujer, Religión e Industria*. (Fabricato. 1923–1982). Ed. Universidad de Antioquia, Universidad Externando de Colombia, Medellín, 1991. p. 340.

Cano. Nacida en 1889, se formó en el seno de una familia con ideas radicales. En su juventud participó en tertulias literarias y escribió poemas influenciados por Gabriela Mistral, Alfonsina Storni y Juana de Ibarbourou. Hacia 1920 era la única colaboradora femenina de la revista *Cyrano*. Acudía con frecuencia a la Biblioteca Departamental, donde entró en contacto con los obreros y artesanos que allí asistían. Con ellos, empezó a visitar los barrios populares, donde adquirió un importante liderazgo. El 10 de mayo de 1925, fue elegida Flor del Trabajo y, en vez de realizar las tradicionales obras de caridad que ejercían sus antecesoras, se convirtió en una gran agitadora de las ideas socialistas. Realizó seis giras nacionales, en las cuales, con un

Texto tomado del libro “**Las Américas Colombia**” de **varios autores**. Publicado por la Biblioteca Nacional de Colombia, como parte de la exposición “**Las Américas**” realizada entre el 6 de julio y el 15 de septiembre de 2010.

verbo encendido, denunció las injusticias sociales y la opresión contras las clases populares.

Luego de sufrir persecuciones y cárcel, fue víctima de las purgas intestinas del partido y a partir de 1930 regresó como acomodadora de libros de la Biblioteca Departamental, donde trabajó hasta 1947. Ignacio Torres Giraldo, su compañero, la recordaba con un dejo de amargura: “María Cano vivió los últimos veinte años de su vida como una flor marchita en un vaso de agua, hasta que el viento se la llevó el 26 de abril de 1967”**. .

Parece que la foto se toma un día de paseo familiar. Rodríguez y Cano están emparentados por sangre y comparten ideas y convicciones. Seguramente están acompañados por la Rurra, sobrenombre

** Magdala Velásquez Toro, “Condición jurídica y social de la mujer”, en *Nueva Historia de Colombia*, Tomo IV, p. 43, Editorial Planeta, Bogotá, 1989.

con el que se conoce a la hermana de María que trabaja en el taller del fotógrafo como retocadora de negativos y que además es la más famosa médium en el cerrado mundo de los espiritistas de la ciudad. Melitón pide a María de los Ángeles que apoye la mano en el bordón, recline un poco la cabeza hacia la derecha y recoja el ramo de flores del campo en su regazo. Vestida de blanco inmaculado, sombrero campesino y pies descalzos, quiere representar a una pastora provenzal. Todavía escribe versos floridos e inocentes. Tiene 27 años y nadie se imagina que dentro de una década sacudirá al país con su verbo encendido.



Capítulo 1
Epistolalar





Para Amada



Andrés Felipe Restrepo Palacio
Relato ganador Categoría Epistolar

Los jurados calificadores describieron la propuesta artística “Para Amada”, de la siguiente manera:

“Las palabras urdidas finamente y con pasión en la carta ganadora, con título Para Amada, muestran un entramado de ilusión y realidad dirigido a una persona ausente. Este efecto del diálogo epistolar es creíble y produce una narrativa intimista y vigorosa”.



Fotografía: Andrés Felipe Restrepo Palacio

Medellín, 28 de mayo de 1983

¿Recuerdas la vez que me preguntaste de qué color son tus ojos? Aún no estoy seguro. Sabes que soy confuso y que pocas veces tengo respuestas, pero a pesar de eso intento salvarte de los temores que nos acechan. Por eso trato de entender cómo piensas y me aferro a la memoria de la última vez, cuando vestías de negro y el rosario amarillo se movía epiléptico como si Cristo quisiera salir de tu cuello, y ya no fueras dueña de religión ni de certezas. “Sácame de aquí”, dijiste sin comprender que tu encierro aligera el dolor de verte ajena a mi razón.

Aún no preciso en qué momento empezaste a escapar de ti misma, creo que cuando descubra la causa recuperaré la tranquilidad

con la que peinaba tus cabellos antes de irnos a la cama. ¿Fui yo quién te enfrentó a los secretos que escondías tras esa sumisión inalterable?

Creí que mi regalo te gustaría, lo envolví con el esmero que me enseñaste. Dejé mis maneras simples de lado para hacer de lo más mínimo una sorpresa, el color del papel, el juego de cintas, la tarjeta con mi firma en letras doradas, todo obedecía a esa intención, así como el saco de lana que encontraste dentro. Pero tu reacción al verlo fue desconcertante, nunca entendí por qué cerraste los ojos durante uno o dos segundos y lo hiciste a un lado, no sin antes darme unas gracias tan frías y formales, que evocar ese instante me aleja de toda ternura. Luego vino la tragedia, las palabras que nadie entendía, los silencios prolongados, y tu danzar desnuda. Me han

dicho que ahora es uno de tus grandes tesoros, de esos objetos que cuidas de los demás porque consideras que con cualquier mínimo contacto se mancharían para siempre y que, sin embargo, te ufanas mostrándoselo a los visitantes de otros internos mientras dices que es un abrigo japonés de la abuela.

Hace unos días hablé con tu hermana Elvira para preguntarle qué relación podría tener mi regalo con el origen de tu demencia. No supo responderme. Siempre ha evitado el tema, quizá por el temor que ambos compartimos de ser los siguientes en perder la razón. Pese a su hermetismo, se inquietó cuando indagué por la abuela. Desde niño, tu relación con ella me pareció corriente, desprovista de amor filial pero cortés. Sospecho que ahí está la respuesta a tus sonrisas desquiciadas, a las palabras de la última vez cuando te vistieron

con el traje que llevé y empezaste a gritar: “Si me pongo el vestido negro me vuelvo demoníaca”. Entonces, concluyo que desde que murió la abuela lo has estado porque elegiste un luto perpetuo y en casa lo supimos tolerar.

Sé que como siempre no me darás respuestas coherentes. Y aunque ya perdía la esperanza de recuperar tus momentos de mayor lucidez, como cuando desesperada, pero aún dueña de tus ídolos, citaste la carta que Virginia Woolf le escribió a su esposo Leonard:

“Estoy segura de que, de nuevo, me vuelvo loca. Creo que no puedo superar otra de aquellas terribles temporadas. No voy a curarme en esta ocasión. He empezado a oír voces y no me puedo concentrar”.

Aunque ya no existan más que recuerdos y afectos decadentes, quiero intentar responder tu pregunta por el respeto a la mujer fuerte que eres. Amada, tus ojos, como los míos, son de color marrón.

Te quiere con incomprensión y dolor,
Tu hijo, Francisco.

A una
sonriente
desconocida

Juan Guillermo Romero Toro



Fotografía: Juan Guillermo Romero Toro

¡Esta es la foto del viaje! Me dije tan pronto te vi. Y aunque yo no sea precisamente un uribista, verte deambular por la Plaza de Bolívar, cargando semejante cuadrito, me hizo intuir, mientras te seguía para condenarte a la memoria de mi cámara, que te ibas a convertir en el souvenir estrella cuando regresara a Medellín, y ya lo verás, no estaba equivocado.

Volví a la mañana siguiente, y lo hice muy aburrido porque todo había quedado aplazado: el trabajo por el que fui; la compra de la réplica del soldado de Terracota, que pensaba regalarle a mi novia (la fila para entrar al Museo Nacional era larguísima, y no podía esperar); y para remate, el montón de indicaciones que me había dado mi madre, en forma de un suéter abierto, color zapote o champaña, sin ningún adorno brillante y

en talla L, también lo dejé olvidado en uno de los tantos almacenes de la séptima, que pisé a las carreras, esa tarde en la que nos topamos.

Así las cosas, de una simple foto debiste mutar en una especie de postal comodín. Para mi novia, tu imagen y una bolsita de quesos-pera (comprados en el aeropuerto El Dorado) y para mi madre, más de lo mismo. Pero vaya sorpresa, una vez mi vieja te vio, se fue a su cuarto y sacó un cuadro muy parecido al tuyo, sólo que éste contenía el rostro del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán. Y enseguida, me contó que había sido de su hermana Soledad, una tía solterona que murió sin que yo la conociera. Por reflejo, le pregunté si ella también se paseaba con el cuadro, pero claro, ella no lo hacía, nadie en la familia es tan espontáneo como vos, fue lo que dijo, y agregó: —Ella, simplemente, lo

había colgado donde ahora está tu diploma de la Universidad y donde antes estaba la foto de tu padre en el ejército. Había sido un regalo del único novio que tuvo, que además era un godo de primera, un Laureanista, que se lo había entregado como prueba de lo mucho que la quería, para que ella lo llevara a una manifestación que hubo en el Parque de Berrío. Esa vez, incluso, ella llegó contando que Gaitán le había dado la mano; esa mujer no se cambiaba por nadie.

Yo he querido suponer que Uribe también rompió tu rutina alguna mañana, al abrazarte, o que tal vez, saliste en televisión junto a él, como tantas otras personas que lo admiran, y que desde entonces, decidiste recorrer las calles bogotanas vestida de uribista. La tía Soledad muy poco después del regalo aquel, se peleó con su novio, pero ya nunca paró de coleccionar recortes de prensa en los que

se hablara de Gaitán. “Los godos lo mandaron matar, y no los comunistas como salió en *El Colombiano*”, dice mi madre que le contaba a todo el mundo, pues parece que le encantaba hablar de política.

Mi madre me confesó, también, que aún se arrepiente de haber tirado a la basura el álbum que su hermana había confeccionado con tanto esmero, y que por ello, decidió descolgar el cuadrito y ponerlo en el cajón de su ropa, donde ni mi hermano ni yo, que a duras penas hemos leído algo sobre Gaitán y Laureano Gómez, y que sólo hemos visto a la tía Soledad en pequeñas fotos, lo botáramos. Sí, parece que mi madre te hubiera esperado por muchos años, que necesitaba ver tu imagen, para saber por fin, cómo pedirme que heredara su promesa, de la que además, te cuento, la sellamos ajustando tu foto entre el marco y el vidrio de la de Gaitán, como si

se tratara de una suerte de rompecabezas, que por fin, habíamos completado, y que guardamos otra vez con mucho cuidado en su cajón; ella, muy tranquila, como hacía mucho no la veía, mientras yo me preguntaba cómo se llamará la alegre uribista, que desde hoy se aloja en casa.



El apagón de anoche

Robinson Úsuga Henao



Fotografía: Robinson Úsuga Henao

Hola Mayra. A ti y a mí siempre nos gustaron los apagones de energía que, en las noches, ocurrían en el barrio, porque nadie podía vernos. Ni tu mamá, ni tu papá. Ni el sapo de tu hermanito.

Nadie podía ver los sendos besos y las sendas caricias. Para mí es divertido recordar eso, pero también se me hace nostálgico. Eran otros días, cuando yo no tenía más tiempo que para ti, y tú no tenías más tiempo que para recibirme. También eran los tiempos en que los guerrilleros dinamitaban las torres de energía, allá a lo lejos, en el campo, produciendo apagones en la ciudad. En las casas debían alumbrar con velas e instalar fogones de leña en las aceras.

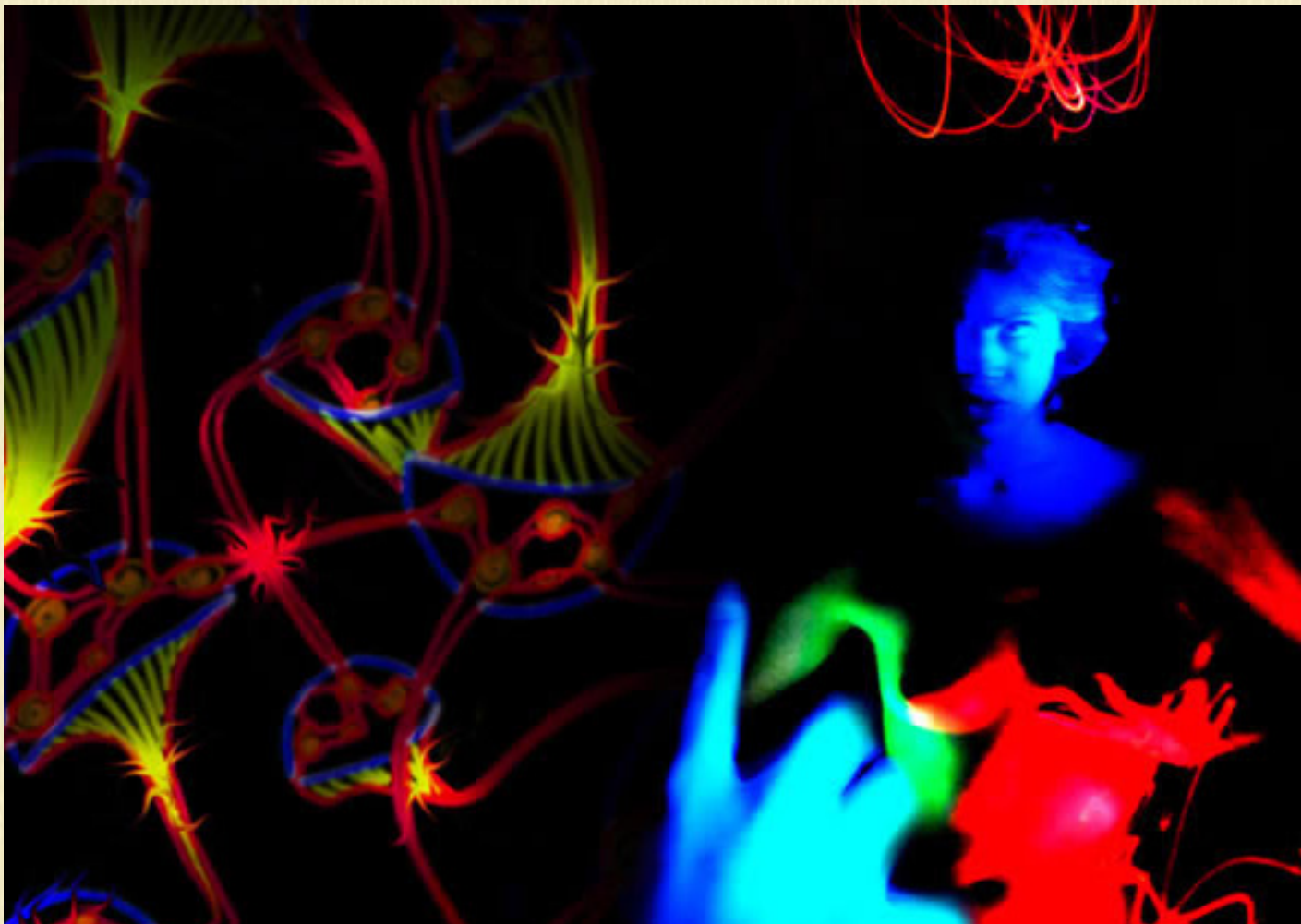
Por eso todo el mundo los odiaba. Los odiaba el gobierno. Y los odiaban las señoras del

barrio porque no tenían cómo cocinar. Pero yo no los odiaba, porque sin televisores, la gente salía a la calle y se sentaba a hablar hasta tarde. Y eso me gustaba. A menudo los vecinos contaban historias de terror. Y yo me aprendí algunas. Pero lo que más me aprendí fue tu cuerpo. Ya sabes. Era la única ocasión en que podía tocarte y besarte en medio de la gente, incluso en frente de tu propia madre, que pasaba ingenua de mí. Ingenua de los dos.

Los guerrilleros ya no están, pero anoche, no sé por qué, el barrio volvió a quedarse a oscuras... y un recuerdo se encendió dentro de mí.

Epístola
tardía
para un
científico
difunto

Juan Camilo Restrepo Sánchez
Alejandra María Herrera Ciceri



Fotografía: Juan Camilo Restrepo Sánchez / Alejandra María Herrera Ciceri

Diciembre 24, 1986

Robert Gordon Wasson
181 White Street
Danbury, Estados Unidos
Norteamérica

Estimado señor Wasson:

Soy fotógrafo de profesión. Hace diez años quedé casi totalmente ciego a causa de una grave lesión en mis nervios ópticos. La ceguera no es oscuridad como la mayoría piensa: sombras y coloridas insinuaciones de formas aún me regalan su misteriosa belleza. A pesar de mi discapacidad, no he abandonado la fotografía, ¿cómo es esto posible? ¿Alguna vez ha escuchado hablar del sorprendente caso de Ted Serios y sus

fotografías psíquicas? Pues bien, he intentado seguir sus pasos. Creo que la foto que le envío puede ser una muestra de ello. Desde que mi visión comenzó a desaparecer mis otros sentidos se agudizaron, especialmente mi oído. ¡Ah! Una sinfonía completa, compuesta por los sonidos que habitaban la ciudad, me deleitaba día a día. Lamentablemente, cada vez me fue más difícil vivir entre todo el concreto y las transitadas calles de mi añorada Roma. Así que me trasladé a una pequeña propiedad que heredé de mis padres en Grecia, ubicada en la histórica región de Arcadia. Según las descripciones de algunos campesinos, el paisaje está compuesto principalmente por valles, mesetas, depresiones húmedas y colinas, las cuales están cubiertas por pastos y bosques. Se preguntará cómo un hombre ya bastante adulto y casi ciego puede vivir en un lugar

tan alejado, pues conté con la invaluable ayuda de la señora Ágave y su joven hija, Epiro. Ambas vivían solas en una pequeña cabaña cerca de la mía. Ellas, con esa cordialidad única de los griegos, me compartían sus alimentos y me ayudaban dos días en la semana con las labores del hogar.

Desde antes de perder la visión fui un gran seguidor de sus obras y estudios sobre la influencia del uso de sustancias psicoactivas en los cultos religiosos de la antigüedad. El motivo de mi carta es darle a conocer mis extrañas experiencias con un enteógeno, que sé, ha sido objeto de varias de sus investigaciones: el muscimol, componente psicoactivo de la *amanita muscaria*. Conocí este maravilloso hongo por medio de la señora Ágave, hace unos cuatro años. Recuerdo la tarde en que me entregó la bebida diciéndome: “te damos la bienvenida.

Otras realidades te esperan”. Ese día volví a “ver”. No el mundo que usted aún disfruta y que yo disfruté durante gran parte de mi vida, sino aquel que se encuentra latente y que muchos han llamado acertadamente el mundo espiritual. En mis visiones existe un lugar recurrente: un extraño bosque en el que cada uno de sus elementos pareciera hacer parte de un organismo aún más grande, y los sonidos que de allí surgen se unen para componer un extraordinario canon basado en una gran palabra: Pan. En medio de mis alucinaciones mi audición se agudiza tanto, que soy capaz de escuchar la marcha de las hormigas en la cocina o el caer de las hojas en lo más lejano del bosque que rodea mi casa. En una ocasión me pareció escuchar a Ágave y a su hija cantar, a altas horas de la noche y en medio del bosque, algo que podría compararse con un himno lírico de la

antigüedad, pero en una lengua que jamás había escuchado.

Desde hace dos semanas, las experiencias se han tornado cada vez más extrañas. Las dos mujeres parecen haber desaparecido. No han vuelto desde principios de la semana pasada, día en que me dejaron suficiente bebida para consumir hasta el día de hoy. Para acrecentar lo misterioso de mis alucinaciones, he sentido cómo, en medio de la noche, una presencia invade mi cabaña y mueve los objetos que me rodean. Esta energía parece ser femenina, debido a que escucho sus delirantes risas jugar a mi alrededor. Su timbre me recuerda mucho al de la joven Epiro, aunque no podría asegurar que se trate de ella. Ayer al medio día saqué mi vieja Polaroid, dispuesto a hacer una fotografía psíquica de la extraña presencia.

Preparé todo lo necesario y bebí la sagrada sustancia. Los efectos comenzaron al final del atardecer. El bosque apareció de nuevo en mi mente, pero esta vez todo teñido de un rojo profundo, como si cada una de sus hojas y flores estuvieran sangrando. Sentí a Ágave y a su hija bailar alrededor de sus árboles, como me imagino lo hacían las bacantes de la antigua Grecia. Lujuriosa y constantemente me invitaban a unirme a ellas. Después hubo un momento de sosiego, pero unos minutos más tarde el pánico me invadió: escuché la puerta de mi cabaña abrirse y sentí aquella presencia salvaje en todo lo que me rodeaba. Me paré en frente de la cámara y posé mi mano en el lente, con el fin de fotografiar los estímulos mentales que me producían los sucesos que acontecían a mi alrededor. Las risas comenzaron suavemente, similares a los tenues murmullos del aire en las noches

del campo. De repente fueron aumentando en estridencia y locura, al mismo tiempo que los objetos de la cabaña eran disparados por los aires y caían estrepitosamente al suelo. Comencé a sudar mucho. Sentía como las gotas en mi mano plasmaban una imagen en la película. Se hizo un gran silencio. La presencia me abrazó desde atrás y me susurró al oído: “mañana en la noche te esperamos en lo profundo del bosque”. Inmediatamente después oprimí el disparador y caí desmayado. Desperté en la mañana, saqué mi máquina de escribir y comencé esta carta. Es posible que sea la primera y última vez que le escribo. Estoy decidido. Como a los antiguos iniciados en los misterios eleusinos, el miedo me ha abandonado. Esta noche, después de ingerir lo último que tengo de la infusión, iré a lo más profundo del bosque a encontrarme con lo desconocido. Espero que las experiencias

relatadas y la fotografía de la noche anterior que le envió, le sean de alguna utilidad en el desarrollo de sus investigaciones.

Cordialmente,
Basilio Lamperti





Jaidukamá

Yuliana Lisbeth Jaramillo Guzmán





Fotografía: Yuliana Lisbeth Jaramillo Guzmán

Hasta ahora no he logrado desprenderme de esas montañas que como toponimia guían mi norte... allá donde el aire del Cauca sopla cálido y los relictos amarillos de los “resbala monos” danzan en sus riberas al son del sofocante sol; me he detenido por un segundo a recordar la diversidad de los paisajes. No me queda difícil recordar a Ituango, cuyos antepasados de Nutabes y Katíos todavía permanecen como atrapados en el tiempo y en la historia, allí donde la gente cuenta con la suerte del estigma y donde la guerra no da tiempo ni tregua...

Todavía vienen a mi memoria los canalones de pantano que recorrí, horas y horas entre vereda y vereda, era un espacio como de otro mundo, como una tierra todavía sin descubrir. Estaba allí, a dos pasos del Parque Paramillo, a dos pasos de una mina antipersonal, a dos

pasos de la gente buena, a dos pasos de lo que es para mí un paraíso incierto. Muchas veces te vi pasar entre cañones inmensos, avistándote en la lejanía con tu vestimenta multicolor, “chindau” con cintas de colores y parumas de verdes, morados y rojos brillantes que esconden el cansancio y los miedos.

Ahora me doy cuenta las razones de tus silencios, logrando de esta manera confirmar las dificultades del lenguaje, mis ojos no logran retener los tuyos y mis manos realizar el esfuerzo sobrenatural para retener un poco el sentimiento de algo que no sé explicar totalmente...

Tal vez algún día entre montañas, a dos jornadas de camino, a través del río Ituango o el San Sereno te llegue un susurro de esto

que ahora escribo, tal vez la misma brisa se lleve estas palabras, no obstante, ruego para que el mismo “Jesura” haga que recuerdes mi rostro... Tal vez con estas letras respondo a los gritos de las comunidades indígenas que piden noticias del país donde me hallo.



La contestación

Liliana María Buitrago Franco
Alexander Barajas Maldonado



Fotografía: Liliana María Buitrago Franco

Floridablanca, vereda El Arroyito, mayo de 1995.

“Aquí su nona Mina tá muy extraña con ustedé, mijo. No sé qué me lo entretene po'allá en Medellín si ya me lo soltaron del batallón; se me ocurre una muchachona'e esas que en veces veo por la televisora en La Primavera, ben alentás, casi con las pechugas salías... Espero que no se le olvíe que aparte de yo, po' aquí tá esperándolo la Amparo pa' matrimoniase con ustedé.

Dios quiera y no le vaya a salir con un bulto di'hojas, po'que ya se sabe que la dejó palabriá, y mucho menos vaya a mostrale endespés esta carta pa' no metele malos enjundios y dañale las entendeeras. Ella es güena muchacha, hacendosa y ben levantá. Si no tá en la casa'el taita, la Amparo vene y

me trae comiíta po' que rico sí cocina, y me ayua en la tarde con la espeiná'el jique.

Eso usté sabe que la jaena es dura, y ende que sus taitas me lo'ejaron pa' largase a coger banano po' allá lejos, me ha tocao sola lidiar con piones rateros. Usté sabe cómo jue'e joeme pa' acabalo'e criar, mijo, sobri'tó endespés que llegó la noticia esa'e sus papaítos... toavía tiraos po' allá, en Apartaó, sin naide que les rece. Que Dios los tenga en su Santa Gloria.

La Amparo nu'hace si no hablame'el casorio. Y en veces me pregunta intrigas d'en cando usté era un zute. Yo le conté que se me tragaba al escondío las moras de la güerta y pa' que no me dera'e quenta, se las pasaba con leche jartá diretico'e la teta'e la cabra. Endespés, en la recogía, que no, nona, que

jue el toche y los azulejos, ¡Que si pelaba un guineo pa' poneles trampa!... Eso no hacemos sino reínos y esperalo... Usté sabe que ende aquí se ve el ramal que vene'el venticatro y eso cando baja el yí' el viejo Pedro Antonio no hacemos sino atisbar, pero eso pa' qué, si ya le dijimos al jecho que cando usté llegara nos pitara ende el recó'e la Virgen, on tán los reles que pasan la quebrá.

Gracias, mijo, por los dulces di'apio que me mandó con su primo, el *Pecoso* ese, que me tene ojendía. Eso no se esperó pa' saludame ni se entró como sempre a culequame las ollas y jartar masato. En cando tábamos con la Amparo cortando pencas en el jilo, eso entró hasta el correor'el solar y me dejó en la mesa el dulce pisando la carta que usté mandó. Como es conocío, los perros no le latieron. No le vaya'poner pereque, pero si

vera cómo tá'e cambiao el *Pecoso*. Eso cando lo atisbo caminando por el ramal, le grito pa' que venga, pero eso empieza con carreras ¡Que me tán esperando en La Primavera, misía Mina!, como si hubiera ajanes pa' íse a llenar el buche'e cerveza. Tan raro, y él no jartaba ansina como tá jartando h'ora, que lo tenen que llevar alzaio hasta el rancho'e su madrina Fabriciana.

Encando puea, aconséjelo que es güen muchacho... Ah, pero eso sí, antes de íse'e guapucha, el *Pecoso* me grita'e lejos que si ya le tengo contestación pa' usté, que en esto se le acaba la licencia. Le quento que eso cando vi la carta y el dulce dejé caer la rula y casi le cazo una oreja al Tarzán que había salío a saludanos. Nos alegramos con la Amparo, que me la leyó mientras yo ponía el cacao pa' oncianos los dulces con mestiza

y queso di'hoja. También leyó po'que me dio empacencia ir a buscar los ojos a la pieza, pero si yo hubiera sabío que escribió tan poquito y apenas al jinal, como por no dejar, escribió "saludes a Amparo", no le mestro la carta a la pobre china; ella no dijo ná, pero se jue como sentia con ustedé...

Si es que ya no se quiere matrimoniar y po'eso no vene, no importa, que las vainas se componen garlando. El mundo no se va'acabar. No deje'e venir po'eso qui'aquí ta'cando mucha jalta, y a lo mejor, en cando vea a la Amparo, ben rozagante que tá, se convence'e que sí. Le eché mulera a lo que me'ejó decío'e su 'lanza', como le dice ustedé. Veá, mijo, me da pesar con ese muchacho, que se ve que ustedé lo estima mucho, y me alegra que haya tenío tan gonito corazón pa' pensar en traelo un tempó pa' acá, po'que

como dice usté también es güerjanito y no tene jamilia que lo reciba.

Eso mestra que los ajanes no jueron en vano y usté salió'e aquí güen cristiano como su mama. Pero, mijo, tienda que pa' yo sería muy duro velo llegar con ese'espojo di'hombre, pensando que puo haber sio usté el que tuvera ansina'e fregao. ¿Y si el que pisó la quebrapatas hubiera sio usté? No, no, no... no me arrime ese lisiao pa' cá po'que me arrecorda los peligros que me lo acechan y aquí, con la Amparo, lo amarramos a usté pa' que no se güelva a cuarteliar. Tienda'emás que esta es una jinca pa' jornalear y no'e recreo ni'e'escansorio pa' tullios, por muy jéroes'e la patria que los creigan.

Perdóneme, pero no le pueo acolitar esa emproencia. Con tanto pa' jaeniar, ¿qué vamos'hacer con un pobre bolsón sin una

pata, mocho'e un brazo, tuerto y pa' rematar sin sus partes y miando por un tubo? ¿Y si se nos maluquea, pa' onde cogemos? Usté sabe que el centro de salú lo abren los mércoles y cantimás atienden la raspá en un cercao. Yo no sé lidiar enjermos, ¿y si se injeta, se moretea y empieza a jieder? No, no, allá on tá, tá güeno. No me traiga ni se traiga usté más trabajo que el que hay, mijo.

No es mala voluntá, pero ansina tán las cosas, usté sabe. A'emás, por mucho que él lo hubiera ayudao en otras pericias, usté no tene po'qué echase esa carga encima. No, no, no... ¡que tenga pacencia y maldisga pasito! Pense en la Amparo que tá ben güena moza esperándolo a usté pa' la bendición. Pense en yo, que lo quero tanto. No sabe lo hartito que me pondría a gramar véndolo pasar penurias a usté. Venga ligero y si pué dar

más mejor, pa' recibilo con mute'e cabro, pepitoria, yuca jervía y guarapo juerte, como a usted le gusta. Que mi Dios me lo bendiga y me lo traiga con ben. Su nona Mina”.

Sin bajarse del jeep del viejo Pedro Antonio, el *Pecoso* le recibe a doña Guillermina un atado de queso reinoso y batidillo, y logra la maniobra imposible de meterlo en su tula rechoncha. “Ésta es la contestación pa'l Chepe. Mijo, hágame la caridá y me le dice que la Amparo y yo lo tamos esperando”. El *Pecoso* baja la cabeza y recibe también una bendición con rezo. “Gracias, misía Mina; yo le digo”.

Se guarda el sobre doblado en el bolsillo de la camisa. Luego de tomar la flota que va de Pamplona a Bucaramanga, la que para en el estadero del kilómetro veinticuatro, saca el sobre, lo abre y lee la carta retando las

cerradas curvas. Con las vistas ojerosas encharcadas, arruga entre sus manos las hojas hasta hacerlas una bolita que tira con rabia por la ventanilla... No tiene escapatoria.

Tendrá que entrar al dispensario militar, colarse armado en Cuidados Intensivos, e ir hasta la cama de su primo para cumplirle la promesa de acabar con sus penas.



Memorias afiladas y sueños negros de carbón

Eugenio Morales Montoya
Diana Catalina Muñetones Vásquez



Fotografía: Eugenio Morales Montoya
Diana Catalina Muñetones Vásquez

Me he tomado la hora del almuerzo para escribirte por primera vez desde que te conozco, desde este lugar que ha sido siempre mi segunda casa. La comida se me ha vinagrado por la temperatura que están allá y que, en la mayoría de las ocasiones, pareciera que cocina nuestra vida y nuestros cuerpos.

Con lo poco que sé escribir y con esta profunda oscuridad con la que puedo recordar casi toda mi vida, dejo esta huella de carbón, sobre este papel casi negro, para que puedas recordarme.

Durante estos días, cuando se ha presentado la oportunidad, los amigos hemos hablado sobre los compañeros chilenos atrapados y entre muchas otras condolencias, buenos deseos y la tristeza que nos agobia cuando este tipo de cosas suceden, sentí la carga de

mis sesenta años de edad y mis cincuenta trabajando en la mina; medio siglo de vida y día a día atrapado.

No sé cuál sea la diferencia realmente, no podría definir esta tradición como una cárcel o una condena de muerte, pero desde que tengo memoria y hasta donde alcanza el recuerdo de mis antepasados, el carbón nos ha dado de comer y la mina nos ha enseñado a ser hombres.

Tú eras más joven aquel día en el que comencé a trabajar, la escuela no era una opción para una familia tan humilde y campesina como la mía. Les pedí a mi padre y a mi abuelo que me llevaran a trabajar con ellos; desconocía el oficio, pero era increíble mirar los cuerpos manchados de negro, como si jugaran a disfrazarse de mina, como si estuvieran

hechos de carbón. Habían otros niños, pero su cara era diferente a la mía, definitivamente se habían convertido en pequeños mineros.

Mi abuelo, que también le había enseñado a mi padre, tomó una pala muy grande y la puso en mis manos y con mi poca fuerza y una cara de confusión comencé a cargar con una pala las toneladas de carbón sobre las volquetas, ese fue mi primer empleo. Ahora no puedo describirte todo lo que sucedió ese día porque esta oscuridad también ha borrado mi memoria.



Postales

Beatriz Eugenia Garcés Beltrán



Fotografía: Beatriz Eugenia Garcés Beltrán

Querida amiga,

Quien viaja solo se arriesga a que las fotos de sus andanzas consistan en una serie interminable de imágenes de objetos, paisajes y lugares, acaso salpicados de gente que casualmente pasaba por ahí, pero donde a un tiempo se revelan, con toda su intensidad, la mirada del viajero... y su ausencia. Otra de las paradojas que retan y embellecen este andar por el mundo.

Para hacerle juego a esta suerte, se puede echar mano -ya ves, incluso literalmente de la resistencia que hace nuestro cuerpo, sólido y ávido de calor, al paso de la luz, y del rastro de ese encuentro, tantas veces feliz: nuestra sombra. Nuestra sombra, que nos sorprende y nos prolonga, que se estira hasta donde no llegamos, que toca lo que no

toca nuestra mano. Trazo que se sumerge y se iguala, en su propio mundo, con las sombras de tantas otras cosas, cercanas y remotas, macizas o esponjosas, visibles u ocultas a nuestros inquietos ojos.

Estela oscura, fluida y móvil que multiplica nuestra existencia y abre el milagro de pescar el propio rastro: y allí está, convocada por el sol, una forma de nuestra presencia al fin captada, jugando, rozándose y entrelazándose con todos los niveles de la realidad que acudieron puntualmente, como ella, a aquella cita.

La viajera



GEORGE
JACKSON
THE
WHITE MAN'S
BURDEN



1911



Tango indiferente

José Daniel Henao Grisales

Fotografía: José Daniel Henao Grisales

Sí, yo entiendo, no vas a seguir leyendo, ¿cierto? Te girás de cabeza y ponés la mano lejos de la hoja para no ceder. Así sos vos... qué cosa. Primero hablás de los sueños como metiéndolos en probeta, y luego te vas, rompés el cristal, no añorás nada más dentro de los libros. Aquí estoy muriéndome por vos y te marchás de soslayo, mirando quién sabe qué hoja que se resbaló de un árbol, poniendo los ojos lejos del mar de palabras que te dediqué.

¿Ya no te dice nada nuestro libro, cierto? Ya... yo sé. Te cansaste de pasar las páginas, te aburríste del final tan sorprendente la primera vez que lo leíste.

Pero no...

...Seguí...por favor. Un poco más y vas a dar con la parte donde se encontraron aquellos dos personajes. ¿Te acordás? Nos reímos

juntos, nos reímos tanto que se cayó el libro, y se regó el café, y te manchaste, y te toqué el lomo, y vos no te dejaste, y me apretaste para no dejarme, y te quedaste muda, atrancada de garganta, de voz, de temblor. ¿Te acordás? Prendiste un cigarro, se te cayó, yo traté de recogerlo, y pensábamos hablar de lo que nos habíamos reído, y viniste, y el roce, y la palabra silencio, y ya estuvo...

No te las ves pero tenés ojeras. Te ponés la pestañina larga, sí; te dejás el flequillo y te cae en la frente y el cabello te llega hasta la oreja. Ya sé, sí, tenés un cabello que se te pegó a la ceja y te llegó hasta el oído. Y decís que no has llorado. Tenés el ceño en el cabello y el dolor se te quedó arriba, en la testa, donde uno pone todo lo que siente para que no lo destruya, para racionalizarlo.

No querés leer...entiendo. No vas a llegar de nuevo a la risa que comulgamos, no vas a sonreír de miedo ni de sexo ni de mano cogida. Le estás volteando la cara a la página que sigue, le estás alzando el codo. Entonces marchate si querés...

¿Sabés algo? Dejame ese punto que tenés en el brazo, ese mosco nocturno: dejame esa sombra de los ojos, y ese otro ojo que no puedo ver. (Siempre quisiste el muñeco de ese libro. Siempre quisiste mirar como el muñeco de ese libro y ya lo conseguiste). No me tenés que voltear la cara, me podés mirar, me podés acercar el ojo de caballo que tenés para yo despedirlo. Aquí el ripio soy yo, lo sé, la sentina, la bolsa negra.

...

Pactemos entonces que vas a bajar el brazo. Volvé al libro sin mí, ¿está bien? Yo rasgo

esta foto y esta memoria y todo el tejido que me quede. Pero vos volvé a leer. ¿Qué es lo que tanto mirás? ¡Volvé a leer! Cuando llegués al lugar donde nos reímos tanto te saltás la página, brincás, le das un chapoteo a los ojos y no ves más.





Verde Es



Fotografía: Marta Cecilia Mora Ramírez / Óscar Arango Franco

Emeralda

Marta Cecilia Mora Ramírez / Óscar Arango Franco

Tras largas meditaciones al fin tomé la decisión de escribirle y créame no fue una decisión fácil, solo espero que desde ningún punto de vista vaya a sentirlo como una osadía de mi parte, convivir con esto de tener problemas de autoestima es complicado, todo el tiempo se vive con el temor a la burla y, bueno, quizás hubiera sido una buena paciente para un tratamiento de esos que los sicólogos llaman complejo de inferioridad, claro que, solo imaginar que tendría que estar en un diván desnudando mis temores aumentaba mi problema, solía imaginar que en vez de encontrar un buen tratamiento para superar mi falta de confianza y amor propio, lo que haría aquel buen samaritano galeno de la salud mental sería descubrir que tenía aún más defectos de los que yo misma había sido capaz de reconocer. Qué horror encontrar que aparte de pequeña

y subdesarrollada quien sabe cuantas cosas más sería. No; definitivamente no. Era preferible continuar, como lo he hecho hasta ahora, manejando eso que llaman un bajo perfil y eso, sin lugar a dudas, también tiene su lado positivo, cuando alguien me conoce siento que se sorprende.

Al principio tampoco quería saber el motivo de la sorpresa, de nuevo se asomaba por cualquier resquicio mi ya nombrado temor y entonces pensaba con algo de vergüenza: ¿Qué podría hacer para no decepcionar?, ¿Para no causar frustración? Pero entonces, pensaba que para saber el motivo de aquellas caras sorprendidas era necesario preguntar, y preguntar daría como resultado una respuesta, una respuesta que seguramente yo no querría escuchar, así que era mejor hacerme la de la vista gorda. Un día cualquiera escuché a un par de coterráneos

de escasa edad hablar de mi problema y no pude evitar prestar atención a sus especulaciones cosa que hoy celebro, porque aquella particular situación me llevó a investigar y conocer qué estaba pasando conmigo.

Disculpe usted por hacer esta larga introducción para presentarme, pero siento que no podía ser de otra forma.

Soy el municipio de Puerto Nariño, ubicado en el departamento del Amazonas al sur de Colombia.

Efectivamente luego de aquella infantil conversación en la que aquellos pequeños hablaban de cómo venía aumentando año tras año el número de curiosos por conocerme, también yo sentí curiosidad, desde luego la respuesta de mi tímida voz interior no se hizo esperar: debe ser porque

no pueden haber conocido otro lugar con tantas carencias juntas.

Dígame usted Señora Metrópolis que lo tiene todo: grandes rascacielos, centros comerciales, lo último en tecnología, millones de habitantes, carros último modelo, aviones y quien sabe cuantas cosas más; porque de eso que llaman internet y sirve para conocer lo que está a miles de kilómetros yo también tengo poco. Pero esta vez no me conformé con mi propia respuesta. Y...y que tal si la próxima vez que venga un curioso (discúlpeme usted, en realidad se llama turista), que tal si en esa próxima vez... ¿Me atrevo a escuchar de su propia voz la respuesta? Al igual que el camino que he recorrido para enviar esta carta, ese fue un proceso de lo haré y luego, no mejor no.

Hasta que finalmente un día, lo hice; pero

en realidad no era el día. A quien le pregunté resultó ser un curioso muy curioso, no hablaba español, sino ese que usted debe conocer muy bien: inglés. Y retrocedí en mis progresos porque pensé... el problema es peor de lo que imaginé, ahora me están estudiando personas más civilizadas, debo ser un caso serio y me preocupé pero ya no quería pasarlo por alto, porque para bien o para mal nuestros hijos heredan nuestra esencia, lo que equivale a pensar que mis casi 7.000 habitantes seguirán alimentando este sentimiento de desconocimiento y desvaloración de quiénes somos y qué tenemos, pensé de nuevo en usted y quería saber cuál sería su opinión acerca de mí, de nosotros.

De nuevo me lancé a la cacería de repuestas y esta vez estaba resuelta a afrontar las que vinieran, era una extraña competencia entre la curiosidad y el temor.

No pude más que sorprenderme cuando entre las primeras respuestas encontré que la mayoría venían invitados por usted, así me lo explicaron varios de mis entrevistados, efectivamente venían buscando la tranquilidad y el aire puro de mis tierras, contemplar mi paisaje, llenarse de mi verde. Este fue el punto de partida, ya quería escuchar más y más; pensar que llegué a creer que el alias de *Pesebre natural de Colombia*, era un alias de poca monta, ignoraba yo que usted estaba llevando una lucha abierta por tener un día, un solo día sin carro en todo un año, motivar al uso de las ciclo vías mientras los puerto nariñenses gozamos de ese privilegio día a día, que usted trata incansablemente porque sus ciudadanos cuiden y respeten la naturaleza, protejan el medio ambiente, reciclen y piensen en el ecosistema como el único capaz de proporcionarnos sostenibili

dad. Este asunto particular es por lo que quise escribirle, para agradecerle que usted a pesar de su desarrollo supiera ver en mí, en nosotros, un lugar de ejemplo. Así que ahora, superada mi timidez inicial, puedo darme cuenta de que más que un pesebre, soy una esmeralda, por que al igual que ésta, soy verde, valiosa y codiciada. Hasta puedo entonar con más bríos mi himno:

“Puerto Nariño, glorioso vibras.
Oh patria inmortal,
del Amazonas grandioso,
municipio sin igual...”.







Capítulo 2

Poesía







01.01.10



Laura Gutiérrez Ardila

Relato ganador Categoría Poesía

Los jurados calificadores describieron la propuesta artística “01.01.10”, de la siguiente manera:

“El Ímpetu emocional y la afiliación del paisaje como un protagonista más en su lírica, hacen del poema “01.01.10” una simbiosis entre imagen y propuesta, además de memorable, lúcida y bien compuesta”.





Fotografía: Laura Gutiérrez Ardila

Éramos ocho y había llovido todo el verano. Los brazos robustecidos del río Paraná asfixiaban las playas y las costaneras que circundan la ciudad. El aire de Santa Fé sudaba todo el tiempo, gotitas de humedad colgaban en el ambiente.

Era primero de enero y la luna redonda parecía el extremo opuesto de un tubo por el que en cualquier momento podía asomarse un ojo.

Esa noche no llovió.

Salimos de la finca descalzos y la tierra se sentía en los pies como piel húmeda.

Dante, Luján, Guido, Paul, Nico, Lucas, José y yo.

No queríamos parar hasta que se terminaran los faroles de la carretera que cubrían todo con un velo neón de irrealidad.

¡Había crecido tanto el Paraná! los límites de los lugares y las cosas eran diferentes.

Yo iba con José de la mano. Lo quería.
Estaba feliz, con una felicidad redonda,
brillante y cerrada sobre sí misma.

Las estrellas infinitas como gotitas de
mercurio acunadas en seda negra
el agua hasta las rodillas
la ruta convertida en río
el fango entre los dedos de los pies
Dante y Nico adelante,
Decididos.

Unos metros más allá terminaba la luz
amarilla de las bombillas y la noche se
encendía plenamente.

El agua iba subiendo lechosa por los muslos.
A mí sí me dieron en ese momento ganas
de volverme. Pero Dante y Nico siguieron,
aunque parecía imposible avanzar.

De pronto el Paraná volvía a su cauce y se secaba el camino.

Habíamos llegado a una isla hecha de pura llovedera.

Era el terreno de una casa enorme, isla de cemento en el río.

Verdes, como detenidas desde siempre la piscina de la casa dentro del río

una cuenca de agua en el vientre de otra.

Y nosotros como fantasmas en un tiempo que se antojaba presente absoluto.





Desorientados

José Manuel Duque López



Fotografía: José Manuel Duque López

En 6.329 segundos intercalares,
un gigante de sal fragmenta nuestros sueños,
el otro instante es la felicidad.



Días írae. (Enarmonías)

Alejandro Peña Arroyave



Fotografía: Alejandro Peña Arroyave

Éramos, corazón, un anciano con sombra.
Con sombra
retumbante, cargada
con todos nuestros pasos.
También el puño que escribe
lo golpea en lo íntimo.

Ajeno a lo verde,
desenraizado ya,
la mirada se hunde
en lo incierto de sí mismo.
En-ajenado en sí mismo,
así pide un camino terminar.
Sombra enjuta resonante de pesos.
Un camino quiere terminar.
Pide al pie borre sus huellas,
el pie las olvida. Lo quiere.

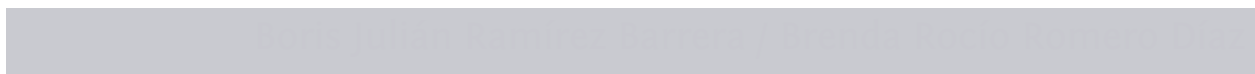
También hubo para ti
lo menos negro.
Entre una tarde y otra,
horas que labraron
las acequias del corazón.
La mano del tiempo
apedreaba otros rostros.

En el entreacto de la muerte
tu sombra nos mira.
Abuelo, nosotros hablamos
de nosotros desde tu eco
que enmudeció como tú.
El dedo del tiempo
te señala desde nuestro ojo.

Encuentro

Boris Julián Ramírez Barrera

Brenda Rocío Romero Díaz



Ya he explorado,
Largo tiempo al abismo
Ahora, sólo puedo
Observar ese vacío.

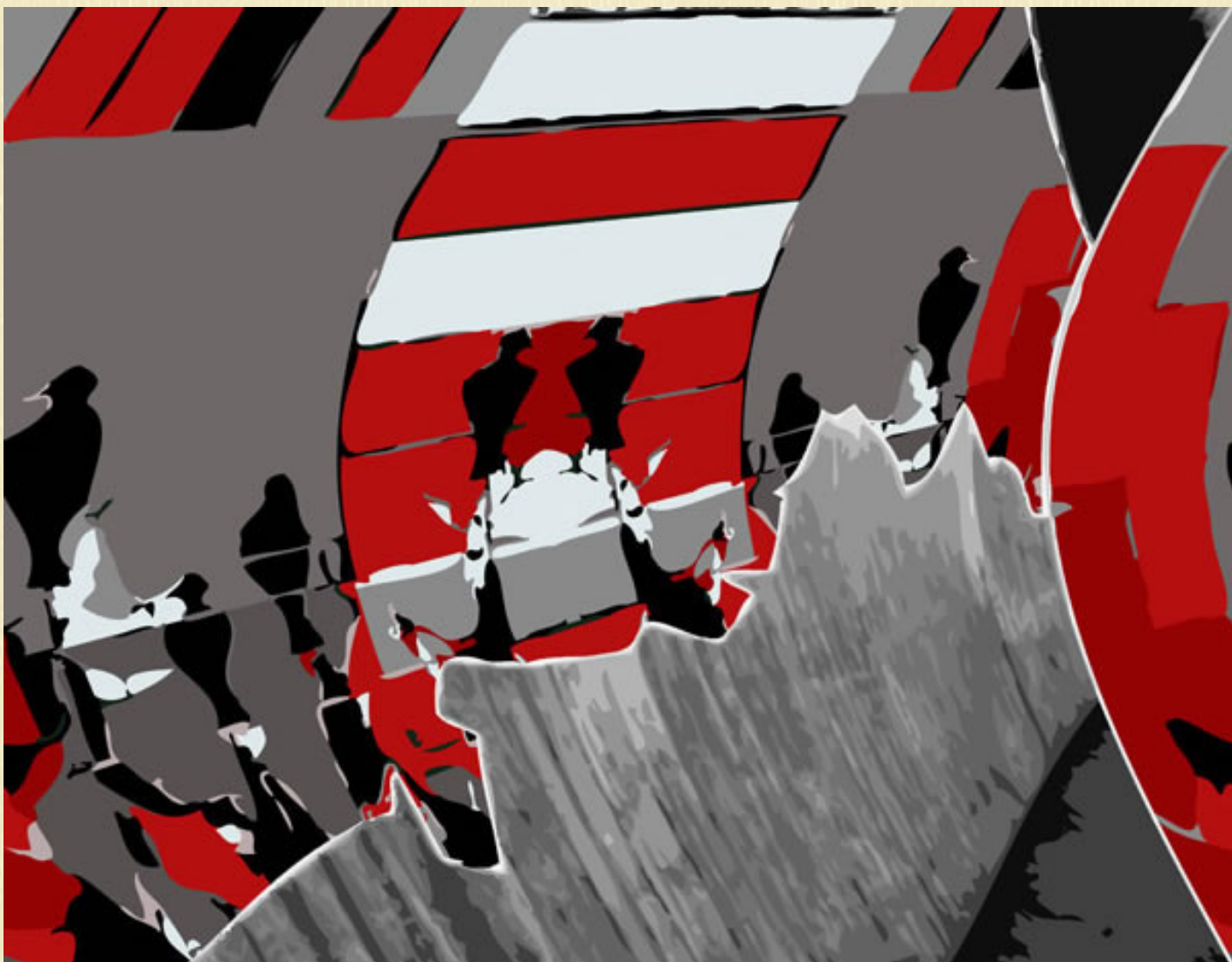
Tenebroso con sus ojos
Serpenteantes,
No admiten descanso,
Sólo queda el suspenso
Y la duda aquella apasionante

¿Qué espero?
¿Salto?
¿Aguardo?
Una embestida,
Ya es tarde para un regreso.



La
ciudad
enceguecedora

Pedro José Giraldo Franco / Juliana Giraldo Franco



Fotografía: Pedro José Giraldo Franco / Juliana Giraldo Franco

Ciudad engeguecedora, que se bebe su propia
sangre

Se mata día a día, consume carne humana
Con sus bestias y demonios.

Eres todo, eres nada

El propio paraíso y decadencia

La calma, la demencia.

Así tus vicios son la cura, tu lujuria el
remedio..

Noches de nubes negras y lunas eclipsadas.

Serías la tumba perfecta...

Espacios vacíos y llenos al mismo tiempo

Ordinarios u olvidados

Confluyen con un denominador común, la
muerte y el vaho de la soledad,

Esa soledad sombría que inunda las almas y
carcome las venas...

En tus muros la historia, la nostalgia de las
almas,

Aroma de los muertos en tus calles, llevas en

tu brisa los espíritus...
Ciudad es necesidad,
De engendrar, de libertad
Con nostalgias sin dueño acoges nuevos
corazones,
Para conseguir tu alimento para saciar tu
canibalismo...
Eres el monstruo en el que vivimos y morimos,
En tus llagas y venas corremos y nos
fundimos...
A la vez encierras y liberas, con nuestra
muerte te alimentas, te renuevas.
Y si por tus venas corriera libertad,
Si solamente la verdad pudieras aguardar.
Serías un mar, para mí un mar.
Y si por tus parques volaran ruiseñores
Si solamente vivieran para cantar
Serías para mí un lugar, el lugar.
Y si en tus muros se escribieran poemas,
Únicamente poemas

Serías para mi pasión
Y si al final fueras solo carnaval
Solo carnaval
Serías el gran final.
Y si un hogar en ti tuviera
Serías camino abierto y porvenires
El espíritu alegre sin pesares recurrentes
Y si tu imponentia tomara conciencia
Si no tuvieras la violencia
Serías mi escogencia, mi fuente de paciencia
y mi única valencia.

Y si cuando las almas abandonen sus cuerpos
Derramaras lluvia de tristezas,
Noches de nubes negras y lunas eclipsadas.
Serías la tumba perfecta...



Las visitas

Me declaro la más visitada del barrio,
aunque no pueda decir que sepa mucho de
mis visitantes.

No sé dónde están los míos,
era lo primero que siempre les contaba;
pero eso nunca los impresionó,
ya lo sabían antes de venir a verme.

He terminado por pensar que soy para ellos,
una tarjeta navideña:
solitarios fotógrafos, parejas de periodistas,
grupos de estudiantes, da igual.

“... esto es lo mismo de la otra vez”, les digo
siempre a todos,
pero ellos insisten: no me mire, por favor,
Haga como si estuviera cosiendo,
Muévase un poquito para que la luz le de en
el rostro.

Sí, repiten y repiten, parados incluso, en los
mismos lugares.

Lo que me gusta de ellos es su educación.
Siempre dicen buenas tardes, por favor, muy
querida.

Las mujeres, muchas veces, lagrimean al
despedirse,

Siempre quieren decir más, pero no saben
qué añadir,

como cuando mi hijo, de niño, rompía algo.

Los hombres, en cambio, agachan sus cabezas
al marcharse,

como mi esposo, cuando se iba a trabajar.

Siempre vienen en las tardes,

cuando el sol se echa a mis pies,

como lo hacía Gardel, mi perro, cuando
estábamos en el campo.

Todo les parece bello, eso también me gusta.

Su trabajo para mí, es en cambio, como un
juego.

acercarse a mi cara, dar unos pasos hacia
atrás, tirarse al piso, entrar, salir y volver a

entrar, y les da la noche en esas.

¿Qué buscarán en la vida?

Yo me quedo pensando en ellos, y me pongo más triste.

Es curioso, casi siempre se les queda algo: un papel celofán, una gorra, un cuadernito repleto de anotaciones, como a las hijas de mis amigas del pueblo, cuando me visitaban.

También siempre, me traen un regalo:

Una torta muy bien empacada o algo de dinero;

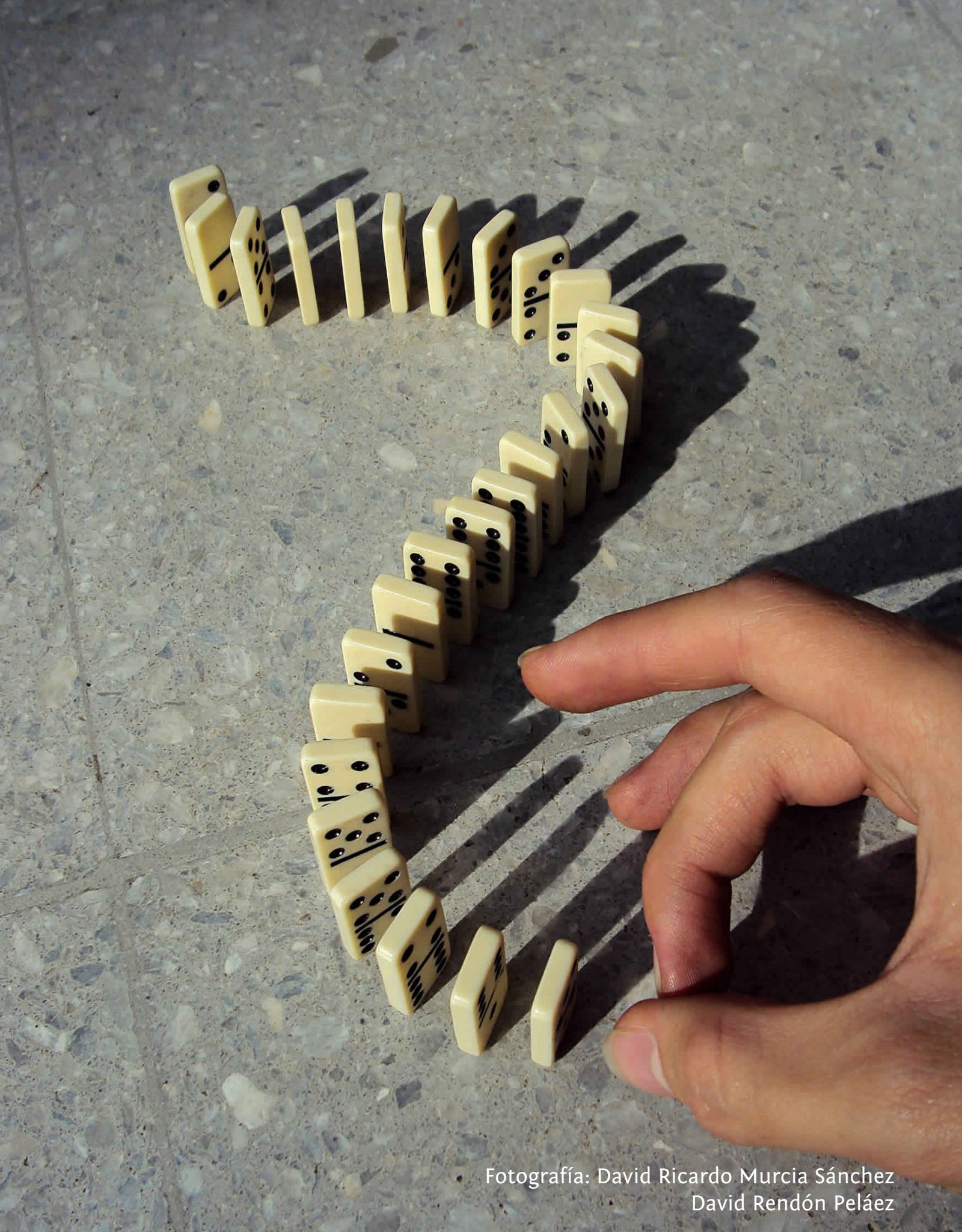
lo mismo que nos daba el patrón de mi esposo.

Sí, las visitas siempre te hacen sentir más sola..



*Sin
Ítaca
se es
feliz*

David Ricardo Murcia Sánchez
David Rendón Peláez



Fotografía: David Ricardo Murcia Sánchez
David Rendón Peláez

Él corrió con ahínco, buscó bajo mar y tierra hasta encontrar su objetivo.
Allí, exhausto y satisfecho, respiró profundamente para retomar su trajín.



Tres poemas:

Un libro,
un hombre,
una carreta

1 Cuando sea grande quiero ser un diccionario. Pensé.

Luego, a mis veintitrés años creí que era mejor y más prestigioso ser enciclopedia.

Cuando apareció el internet y todo lo wiki

me sentí obsoleto y absurdo inútil, sobrante.

Me fui de casa y caminé sin destino. Cansado, me recosté en una esquina y me dormí profundo.

Y ahora solo quiero seguir soñando este sueño que sueño...

Un hombre sabio

me toca

me lee

me ama

2 Un libro botado en la calle
Cerca de un poste orinado.
Guayaquil, calle Amador
sábado por la tarde,
lluvia.

Un hombre solitario en la calle
sobre una carreta abusada.

El libro mira al hombre y
le propone una historia de amor,
su primer paseo es en carreta.

3 Leer un libro
lleva a descubrir mundos nuevos,
lugares desconocidos,
experiencias increíbles,
no imaginadas antes.

Pero soy un libro afortunado:
Encontré a este hombre con
carreta que me lleva a lugares
que las letras nunca hubieran
alcanzado a deletrear.





...Y era
loba

María Alejandra Calle-Cook / Robert W. Cook





Fotografía: María Alejandra Calle Cook / Robert W. Cook

Y era loba, hija de lobos, sangre de héroes y de infamias hechas himnos de batalla.

De hadas sus historias estaban llenas, de hojas y heridas su morada

Bardos y guerreros del norte cantaban su linaje, peregrinos y rezanderos auguraban la desgracia auspiciada en el aullido.

A golpes molieron sus carnes, su piel la arrancaron para hacer abrigo. Sus ojos dejaron de ser luz cetrina para revelar lo impío pues tan sólo lo humano podría ser divino.

Su aullido dejó de ser el llamado de una argentina madre para hacerse Hades. Y la loba fue cazada, fue quemada, fue extirpada de su altar hecho de bosques.

Y así, de los bosques huyeron las hadas que tras sus lastimeros pasos no hallaron más cobijo.

Donde había bosques se plantó el asfalto y donde había lobas de colmillos plateados, hoy son famélicos perrillos los que invocan un refugio.

Y allí en el asfalto, en una noche ya sin luna, la hija de los hombres la rescató del frío, a ella pequeña y ya no loba, a ella indefensa pero cuyos ojos iluminaban más que la luna en noche de estío.

Y sin embargo era loba, hija de lobos, sangre de héroes y gestas que endulzaban las noches de los niños, la lealtad se antepuso a la historia, a la herida se antepuso la tumba y la lágrima del amo. Es ella la que en su benevolencia atraviesa el Hades trayéndonos la Arcadia soñada, la infancia y los nimbos dorados de la gracia ya perdida.

(A Melina, nuestra perra rescatada de la calle)





Capítulo 3

Relato Corto





De roca y y sal

Claudia Restrepo Ruiz / José Luis Ruiz Vélez

Relato ganador Categoría Relato Corto

Los jurados calificadores describieron la propuesta artística “De roca y sal”, de la siguiente manera:

“Urde con habilidad una trama redonda y hábilmente contada, que animan el enigma y la ambigüedad de la realidad, lo cual le permite al autor presentar, a través de una secuencia de acontecimientos densa y sólida, caracteres que poseen un notable espesor psicológico. Además de los aspectos narrativos, destacan en el texto el uso poético del lenguaje, los múltiples sentidos de las situaciones presentadas, la confrontación temática de diferentes lenguajes artísticos y el aprovechamiento simbólico de las posibilidades ofrecidas a la palabra por la imagen fotográfica”.



Fotografía: Claudia Restrepo Ruiz / José Luis Ruiz Vélez

Cuando le hicieron el encargo pensó que se trataba de un mausoleo más, aceptó y dio un precio moderado considerando que era para un niño y era su madre quien lo solicitaba. La bahía estaba tan vacía como su taller, de modo que comenzó el trabajo de inmediato. Piedra, mármol y cincel descansaban a pleno sol sin deshidratarse ni quejarse por el calor. Ahora era el turno del sudor. «Ningún niño debería morir en mes de madres», pensó.

Lavó la roca con esmero y la imagen de aquella voz femenina lo hizo llorar. La mujer no había querido darle una fotografía. “No quiero que se parezca a él” había dicho. De modo que tuvo que esculpir sin referente: «los niños son todos iguales», se dijo. Deben ser los detalles de sus padres los que los diferencian. Un cabello rizado le sonaba más que uno liso, las ondas eran olas que

llegaban y desaparecían en su pequeña frente. Las manos las esculpió junto al pecho con dos leves canoas por si el más allá permitía ir de pesca. ¿Pero y los remos?... tanto detalle lo extenuaba, era mejor no imaginar. El más allá no es territorio para mirar desde el más acá.

La imagen del niño que pudo ser, regresaba cada vez más torturante. ¿De qué habrá muerto? No sabía que era peor, si un accidente o una rápida y letal enfermedad. Quizás no había sido rápida después de todo y el niño había nacido con alguna deficiencia. ¡Por Dios! Era momento de tallar los ojos y aunque quiso hacer sólo sus párpados para fingir un plácido sueño, terminó por abrirlos y dejar una luz que simulara un despertar sereno. La nariz y los labios llegaron juntos. Ayuda a mamá...

Debo estar loco. Bajaré a cenar. Su cocina tenía la provisión del día. No había nevera, en su lugar una caja de icopor sin tapa le servía para almacenar el pescado que pasaban vendiendo en horas tempranas. El pargo le resultó enorme cuando lo sacó para asarlo y un repudio lo hizo guardarlo de nuevo en la caja. Buscó fruta.

Un zapote sería suficiente para calmar el hambre. El vecino entraba entonces y antes de dar pábulo a una conversación, regresó a la roca a la que sus manos le había conferido un alma infantil. No puedo cuidar a tu madre, ni siquiera la conozco. Además se vería raro que el artista a quién fue encargado tu mausoleo terminará cortejando a su madre. Eso no tiene presentación ni razón de ser. Más vale que te calles para ayudarme a terminar el encargo.

Solía decirse que los niños y él no eran compatibles. Ninguna de sus mujeres lo había hecho padre y a sus cincuenta y tantos a ratos tenía la sospecha de que no era fértil. Sólo las rocas me hacen padre. Y era cierto, medio cementerio de Manga había sido esculpido por él. No tenía rival en una ciudad pequeña y los muertos se contaban como los vivos: en censo y por cuadras. Las mujeres solían fallecer primero; los viejos se escondían después de que una tarde cualquiera dejarán de usar sus mecedoras. Los nietos de los hijos iban poblando otros barrios y sólo se escuchaba de ellos los domingos, por las visitas acostumbradas antes de la misa.

Joaquín no iba a misa, el sonido de las campanas le llegaba con la brisa y el cómo pudo ser aquello no era lo suficientemente

fuerte para asomarse y vestir correcto tan sólo por una vez. Era sábado y al día siguiente vendría la mujer dueña de la voz. Se acostó como pudo sobre una hamaca y pensó si era necesario darle alas. Tal vez su indiferencia con los niños era porque sospechaba de su habilidad para volar. Mientras él seguía anclado a una Heroica de *zapatos viejos*. Las alas de los niños se habían invisibles para no hacer de la envidia adulta algo tangible.

Hizo calor toda la noche y la ausencia de abanico lo devolvió al taller. Quiso darse aire con papel periódico pero desistió ante tan inútil tarea y prefirió, por primera vez, tallar completamente a oscuras. Su tacto le decía que no había de qué preocuparse porque al final quedaría bien.

La madre llegó antes de las diez. Joaquín, con la camisa mojada y las manos sucias le abrió

para evitarle la angustia de esperar afuera mientras él bajaba al niño con alas. La invitó a sentarse sin disimular su torpeza y no pudo sino sentir congoja y ganas de abrazarla. El anillo al lado izquierdo sugería que también era viuda y quién sabe desde hace cuánto.

Una toalla cubría el rostro de su roca y sal cuando la desvistió para ella. La mujer, que no le había dicho ni su nombre, corrió hacia a la estatua llorando desconsolada.

-Es él... ¿cómo pudo...?

Sin entender qué pasaba fue por agua y se la ofreció para calmarla.

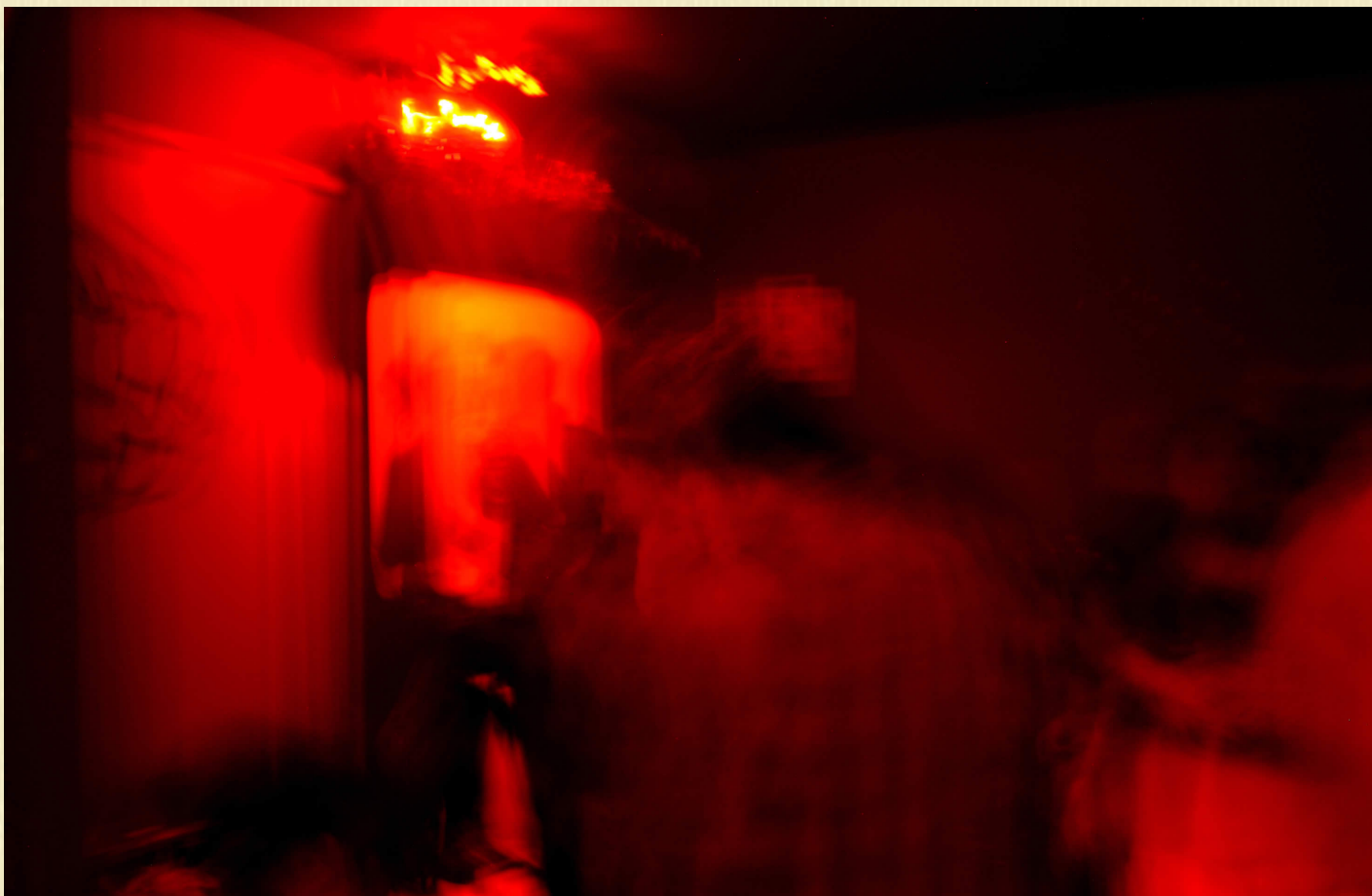
-Es mi hijo.

Y no tuvo más remedio que abrazarla y cuidar de ella.



Cuento
de una
línea
ya vivida

Paula Andrea Rúa Tobón



Fotografía: Paula Andrea Rúa Tobón

Buscar una excusa, un reencuentro fortuito con él. Esperar y pensar en la segunda piel que va cubrir todos los abismos, cuando es necesario salir del automatismo. Se cubre todo de fotogramas programados de una línea ya vivida, así se emprende a la huida. Escape que no tiene principio ni fin, pretexto que no tiene conquista.

Emprender la fuga es cómodo, es sentarse y repasar, mientras la ciudad va corriendo hacia atrás, abandonando fábulas no contadas, no existidas o por lo menos no visibles para el rodar veloz de la mirada.

El cuerpo emprende el recorrido, el sonido de las voces es constante, voces amigas, voces enemigas, voces que matan, voces que perpetúan, voces que no se sienten, que contaminan. Y al avanzar se altera el sentido

y se da cuenta que no hay ruta alguna, pasos sin meta.

En la mano una libación, un ritual litúrgico que acompaña y escolta la mente, el cuerpo, el organismo, el ser, buscando existencia o tal vez inexistencia; siguiendo la línea se ven lugares llenos de vidas, aquellas que buscan embriagar también el mundo, saturándose de ruidos, murmullos, sonidos, información, néctar, bello néctar que hace olvidar los castigos. Encontrar adictos que hablan, conversan de temas que no tienen importancia, sentándose a escuchar, a imaginar esas frases que no incumben, asentar la cabeza y crear discusión, disputa que mañana se olvida, se destruye sin clemencia.

Dialogar con la música haciendo una danza, alzando la mirada, paralizando el espacio,

levantando el cuerpo se hace el primer movimiento lentamente al ritmo de unas notas que van más allá de la teoría, de la composición maligna del compás. Y todas las miradas están ahí, entran sin tocar las puertas, sin dar aviso alguno de su ingreso y que se van uniendo en varios puntos del plano.

Sigue tomando aquel licor que ya va desdibujando el paisaje, todo se va desvaneciendo poco a poco, mareando el equilibrio, el que mantiene la armonía de la unidad corpórea, se sienten vacíos en la noche, vanos y malditos recuerdos que introducen gota por gota como una tortura, suplicando a gritos un olvido; ahí es cuando la mano busca involuntariamente el objeto, la cosa que coge entre los dedos, llevándolo a la boca, encendiendo y aspirando al mismo

tiempo en que entra la bocanada recorriendo, entrando y saliendo constante, firme y perversamente; mientras persiste la danza, el néctar, el diálogo, la música, las voces, los sonidos, y el tiempo se acaba, ya hay que salir, volver, retornando por el absurdo camino que conduce al refugio.

Entrando a la máquina que llevará de vuelta la ciudad que va corriendo hacia atrás, abandonando fábulas no contadas, no existidas o por lo menos no visibles para el rodar veloz de la mirada, ciudad más olvidada, más vivida, condensada en un frasco, que se guarda para volver, para buscar otra excusa y tener otro reencuentro fortuito con él.

Liviana

Esteban Arenas Sánchez
Santiago Muñoz Marzola



Fotografía: Esteban Arenas Sánchez / Santiago Muñoz Marzola

“...Y vomitar sin voluntad lo que resta de siglo”.

Laura Yasan

El bar. Ana estaba rodeada de dos paredes de ladrillos uniformes a lado y lado, la entrada estilo garaje y el agujero negro, cerca del equipo del Dj, en donde se localizaban los baños de hombres y mujeres. Se encontraba en la última mesa de la fila izquierda; cada hilera contaba con cuatro mesas y 16 sillas, todas de madera vieja, con marcas de cigarrillo y huellas húmedas de vasos de cerveza.

Ese jueves, Ana estaba con *Disco*, sentados frente a frente. Él en el oriente y ella al occidente de la mesa, posición que la privilegiaba en sus frecuentes huidas mentales durante toda la noche, mirando a la gente que atravesaba la calle. El día se caía y llegaba a su fin obligado, al igual que

Disco, al igual que las bocanadas grandes de Kool Light y tabaco, una después de la otra. Ana fumaba mucho porque se mantenía nerviosa y miraba, siempre paranoica, los extraños cuadros del bar, con caras deformadas llamando a Picasso en sus trazos descuidados, puestos de tres en tres en las paredes laterales y brillando con las luces rojas que producían las pintorescas lámparas en forma de globos redondos, hechas de papel con la intención de darle un toquecito oriental al ambiente. Pero ese ambiente apestaba a hierba y casi podía verse el humo denso sobre la cabeza de sus habitantes.

Ana miraba alrededor como mirándose en un espejo, en aquel bar todos usaban las prendas de todos y conservaban el mismo corte de pelo, cargando los mismos bolsos de cartero y diferenciándose con mínimos cambios de colores y texturas; todas las chicas posaban

los cigarrillos sobre sus labios rosados en una eterna coreografía y eran blancas como las luces de los almacenes de cadena y eran hermosas y ligeras y frágiles y sensuales y listas y frívolas y artísticas y tecnológicas y... nada más.

Toda la noche había reinado un sonido electroerótico, Ana bailaba suavemente como en un trance, en un vaivén borracho que se repetía y desafiaba tímido a los cambios constantes de la escala dorremifasolamí. Cuando sonó ese tango alterno, el que ponían siempre, cuando la gente se hallaba muy contenta, Ana corrió su silla en un estruendo mudo contra las baldosas blancas con manchitas vinotinto y se dirigió torpemente al baño (al fondo a la derecha, por supuesto); se encontró con un cuarto de dimensiones mínimas, compuesto por un inodoro, un

lavamanos, un espejo sucio, una canasta para el papel higiénico y un bombillo verde que le iluminaba la cara mientras ella se daba fuertes masajes circulares con las yemas de sus dedos, sobre las sienes.

Se sentó en la taza amarillenta, mirando hacia la puerta de madera oscura y leyendo los mensajes que los invitados escribían cada noche. El sitio estaba lleno de ofensas, declaraciones, insultos y propuestas decentes e indecentes como la de una tal Lina que afirmaba estar muy caliente y pedía que la llamaran al 267, bla,bla,bla.

Aunque era una de sus actividades favoritas, Ana detuvo su lectura. Se incorporó y se agachó sobre el inodoro, introdujo tres dedos en su boca: el anular, el medio y el índice acariciaron finalmente sus amígdalas; tres lágrimas y cinco segundos después, salió el

manantial de vómito que siempre esperaba ver brotar de su cuerpo, un líquido espeso color rosa que seguía saliendo con la única intención de hacerla sentir más liviana.

Arrancó un pedacito de papel higiénico, se limpió las manos y los labios, se acercó al grifo para beber un poco de agua y después de aplicar estratégicamente el spray de menta para quitar el hedor que invadía su boca, abrió la pesada puerta, apagó la luz, se tocó el cabello y pensó que era hora de cortarse el flequillo.



Nunca Jamás


Lina Marcela Durango Giraldo
Tomás Montoya Uribe



Fotografía: Lina Marcela Durango Giraldo / Tomás Montoya Uribe

De nuevo –dijo la silueta llorando- ese estúpido niño me dejó abandonado en una pared oscura, por irse a escuchar los cuentos de una chiquilla cualquiera.



The background of the image is a sunset over the ocean. The sky is a mix of soft pinks, oranges, and blues. The water is dark blue with gentle ripples. On the left side, a bright light source, likely a lighthouse, casts a beam across the water. The title 'Peces de otras aguas' is written in a dark red, elegant script font, centered over the image.

Peces
de
otras
aguas

Fernando Mora Meléndez



Fotografía: Fernando Mora Meléndez

Después de los trajines del entierro de papá, mi hermano me propuso que fuéramos a Long Island, con el pretexto de visitar a Susan, una amiga pintora que Mario había conocido en una exposición.

Ella abrió la puerta de su cabaña, en compañía de una gata Angora. Pero apenas entramos se puso un sombrero y nos dijo que la siguiéramos, lejos de casa. Aún tenía los bríos de una muchacha para caminar por el sendero de gravilla, hasta la playa.

A pesar del calor veraniego, el mar traía algo de las corrientes del Ártico. Ninguno de los tres pareció interesado en chapuzones. Nos dedicamos a estirar las piernas junto al acantilado y a dar cuenta del vino con hielo que Susan nos pidió traer en su nevera portátil.

Nos contó que esta playa no tenía permiso de turismo y que apenas la frecuentaba uno que otro jubilado gringo de los alrededores.

Le pareció curioso que llegara una familia entera a pasar la tarde en un lugar tan apartado y sin mayores atractivos. Era un grupo numeroso con ropas humildes y un acento que parecía una mixtura entre mexicano y ecuatoriano. Sólo los niños hablaban en inglés. Una de ellas vino a preguntar a Susan si podían prender una fogata. Ante la negación, las vimos vagar por las rocas, sin ánimo, recogiendo piedras y restos que arroja el mar. Mientras Mario extendía una manta en la arena, Susan me señaló un islote que asomaba justo al frente de nosotros. Los tres hombres de la familia de inmigrantes caminaban hasta allí para probar suerte con sus cañas de pescar.

“No me voy de aquí hasta no ver cómo sacan el pez”, dijo ella, con una risa escéptica.

Entonces nos sentamos a ver los brillos del cielo que cambiaban, a trazos rápidos y con el fondo agitado de las olas. Varias veces tuvimos que extender más lejos la tela porque el agua helada venía a empapar la conversación.

El final del día parecía una plácida sinfonía cuyo efecto nos distrajo a tal punto que sólo un grito de pesadilla: “¡Salven a mi papá!”, nos hizo volver a este mundo.

La marea había ocultado gran parte del islote. Dos de los pescadores habían logrado salir de la zona profunda, pero un tercero, trataba inútilmente de agarrar la vara que otro le extendía.

Su cabeza pugnaba por salir a la superficie, pero cada vez con menos fuerza. Debió haber gritado auxilio, pero ninguno de nosotros lo escuchó, excepto la niña que quería encender el fuego.

Susan se quitó los zapatos, pero mi hermano la advirtió del peligro de tratar de salvar a alguien que no sabe nadar. Él y yo corrimos un largo trecho hacia un toldo. Sentí que los pies me pesaban como si fueran de cemento. No encontramos más que unas esculturas hechas con troncos podridos. Éramos los únicos veraneantes del lugar.

Al regresar, vimos a los tres hombres de pie en pleno mar. Resignados a su suerte, me parecieron una versión del Ángelus de Millet. El agua ascendía para cubrirlos. Los niños sollozaban, las mujeres miraban pasmadas

hacia el horizonte cada vez más borroso. Pero de pronto irrumpían en unos llantos sin consuelo, que apenas se interrumpían para lanzar frases desesperadas en alguna lengua indígena.

Ya no veía las siluetas a lo lejos, cuando escuché a Susan que trataba de explicar la ubicación, por el celular, a la policía.

De pronto, llegaron dos agentes, miraron por binóculos, hablaron por radio e indagaron a la niña sobre su procedencia: ¿Qué hacían en una playa no autorizada? ¿Quiénes eran los que estaban en el mar? Las mujeres se movían de un lado a otro, sin entender. Entonces escuchamos el rugir de un buque que lanzó un potente chorro de luz sobre los hombres del islote. Les gritaron indicaciones para facilitar la subida a cubierta; y como éstos no entendían inglés, el rescate se hacía

más difícil. Al final los vimos alejarse como un punto de luz en alta mar. Las mujeres y los niños lloraron de nuevo; y uno de los agentes explicó que era imposible que el barco fondeara en esta orilla y por eso debían desembarcarlos en otro puerto.

El regreso por tierra tardaría algún tiempo. Mario había escuchado el susurro de uno de los guardias cuando dijo: “Wet backs”, espaldas mojadas, que es como se refieren los gringos a los ilegales que cruzan la frontera del sur por las aguas del Río Bravo.

Dimos vuelta atrás. En casa de Susan, aún bajo el efecto pasmoso de la experiencia, apuramos el resto de vino que todavía quedaba, mientras mirábamos los cuadros de la artista. Era asombroso: en muchos de ellos había cuerpos que luchaban por salir a flote en el océano.

Será
algo
rápido

Juan José Muñoz Gómez
Cristhian Felipe Agudelo Bolívar



Fotografía: Juan José Muñoz Gómez / Cristhian Felipe Agudelo Bolívar

Será algo rápido. Será rápido. Sólo un estallido. Eso es, un estallido, no más. Un estallido... un golpe... y nada más. Realmente pensaron que sería su esclavo, realmente lo pensaron. Un esclavo más, un esclavo del miedo, un esclavo del mundo, un esclavo de la vida; pero ya no. No, ya no. Ya no hay por qué sufrir, todo acabará. Será algo rápido, un estallido, un golpe, y nada más, todo acabará. No habrá nada más.

Ahora, sólo se ve la luz que pasa entre la persiana y la pared, ahora, sólo eso, pero luego, oscuridad. Por el tenue rayo de luz, debe ser la una de la tarde, no, no, son las dos, lo confirma la radio del viejo de al lado, que está medio sordo, y por ello cree que todos lo estamos. Lo confirman el radio y el calor infernal que propaga ese nauseabundo hedor por toda esta pocilga.

¿Cómo es posible que algo tan pequeño, tan insignificante, pueda asesinar a un hombre? Es imposible que algo tan simple pueda silenciar toda una vida. Ya sé todas las patrañas de los físicos de masa y velocidad y potencia y demás habladurías, pero no es posible que toda la existencia se vea reducida a una pieza de metal del tamaño del dedo meñique de mi pie. ¡No es posible! Pues bien, la historia dice lo contrario y sólo por esta vez, espero que la historia tenga razón.

Pienso en el lugar más apropiado: en mi boca, debajo de mi mandíbula, en mi frente, en mi sien; de pequeño, mi abuelo me dijo que tan sólo con un golpe en la sien, una persona podía morir y sólo por esta vez, espero que mi abuelo tuviera razón. Así que me preparo, me pongo de pie, me sacudo los restos de comida que yacen desde hace varios días

sobre mi curtida camiseta, tomo aire, apunto a mi sien, sitúo mi dedo sobre el gatillo y empiezo a oprimirlo.

Me sorprende que hasta ahora, el miedo no haya actuado sobre mí; siempre pensé que en este momento recordaría toda mi vida y todas las personas que pasaron por ella, todas las personas que la hicieron un infierno, creo que por eso no siento miedo.

Continúo apretando el gatillo y cada vez éste opone más resistencia, como si estuviera llegando a su fin, o mejor dicho, a mi fin. Cuando la resistencia llega a su punto máximo, un ruido estrepitoso hace que una descarga eléctrica recorra toda mi columna hasta la base de mi cabeza como si fuera un latigazo del mismo Lucifer... ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! Aquel malnacido timbre empieza

a retumbar. Aquel malnacido timbre que ni siquiera suena como los timbres deben sonar: con una melodía agradable que de veras invite a abrir la maldita puerta; no, este timbre suena como el oxidado timbre de mi escuela primaria, un endemoniado ring que me recuerda a la profesora gorda de matemáticas, a los mocosos con los que compartía clase, a ese olor a vómito mezclado con Chitos y Boliquesos.

Ese ring que me recuerda los años en los que mi esclavitud a esta puta vida empezaban. ¿Quién es? No sé, y no me interesa. Supongo que jamás lo sabré. Debe ser algún cartero con la dirección equivocada, la vieja tacaña de al lado pidiendo una cucharadita de café (como si me gustara) o alguien del trabajo preguntando por qué no he ido en tres días. En fin, no importa, o por lo menos a mí no

me importa. Vuelvo a situarla en mi sien, ahora en la derecha. Pero algo es diferente. Ahora siento miedo. Miedo, pero no sé a qué le temo si no quiero seguir siendo un esclavo. Le temo a lo que será. No creo que me vaya a ningún Cielo ni a ningún Infierno, espero que todo se acabe, sí, todo se acabará, nada más. Pero entonces, ¿por qué sigo teniendo miedo? No hay razón para que el miedo me invada, pero aún así, lo hace.

El maldito timbre vuelve a sonar. Al carajo el timbre, al carajo el miedo, al carajo todo. Será rápido, será rápido, un estallido y luego, nada....Un estallido. Oigo un estallido y puedo sentir como la pólvora quema la piel que rodea mi sien y como mi cuero cabelludo empieza a desgarrarse. Mi oído está totalmente aturdido, duele muchísimo. Aún estoy de pie. Esto es un infierno. Ahora mi

cuero cabelludo ha sido atravesado y la bala está tocando mi cráneo. Esto no es normal. Se supone que sería rápido, un estallido y nada más. Pero esto no es rápido. Todavía oigo el estallido, pero no ha acabado aún. Mi cráneo es perforado, pero esto no debe estar pasando, todo debió acabar hace unos instantes, pero nada ha acabado, no para mí. Alguna vez me preguntaron si al momento de morir se siente dolor; simplemente respondí: “no sé, nunca me he muerto”. Ahora lo sé. Duele. Pero es peor que cualquier dolor.

Es peor porque no es dolor físico. Es una terrible mezcla entre pánico, incertidumbre y en parte, satisfacción. Al carajo todos aquellos que dicen que no duele. Que se partan la cabeza en dos y que me digan lo mismo. Ahora ese insignificante pedacito de metal ha hecho un agujero en mi

cráneo y empieza a perforar mi cerebro. Mi hemisferio derecho está siendo atravesado por una bala y yo sigo de pie y pensando en todas estas estupideces, sería divertido saber qué piensan los neurólogos de esto.

¡Carajo! ¿Cuánto más va a tardar esto? Mi oído sigue totalmente aturdido y mi cabeza tiene un agujero donde no debe tenerlo. Ya sé a qué le temía. No veo ninguna luz al final del túnel, ni a mis familiares saludándome; no veo a ningún santo ni a ningún diablo; ni siquiera veo la maldita *Escalera al Cielo* de Led Zeppelin. No es que esperara nada de eso, pero tampoco me esperaba esto.

Ahora sólo veo el chiquero en el que he vivido estas últimas semanas, una carne a medio comer sobre la mesa y una botella de aguardiente con un trago o dos. Y

precisamente ahora, tengo sed. El malnacido pedacito de metal, llega a la unión entre mis dos hemisferios, creo que se llama... “espacio calloso” o algo así. Supongo que mis clases de biología no me sirvieron de mucho y ahora Wikipedia no me sirve de nada.

¡Por Dios, tengo la cabeza destruida, no me importa cómo se llame! Sólo sé que es crujiente: cuando el proyectil lo atraviesa, se siente como una tostada entre mandíbulas apretadas. Otra vez hemisferio, cráneo, cuero cabelludo y finalmente la pared. Esta vez duele muchísimo más, ya sabía qué se me venía encima.

Mi oído ya no está aturdido, pero mi cuerpo entero lo está; por fin se desploma. Ahora sólo hay oscuridad, una fría oscuridad. Ya no hay carne, no hay botella de aguardiente, ni

viejo sordo. Sólo una fría oscuridad. Espero que no sea para siempre, pero estoy casi seguro de que lo será. Hubiera sido bueno saber quién tocó el timbre.



Testimonio
de las
neuronas
las que
quedan

Olga Tatiana Pajares Vallejo



Fotografía: Olga Tatiana Pajares Vallejo

Era quince de diciembre, fecha en que finalmente llegaría esa película gore que tanto llevábamos esperando. Lo malo de los cines pequeños de la ciudad era tener que pasar por películas de drama, comedia, terror, suspenso para finalmente llegar al gore. No hay nada que mi novia y yo disfrutemos más que el gore. Esa sesión de sangre, sesos, gritos potenciados en la pantalla grande es un éxtasis indescriptible. Claro está que muchas personas lo encontrarán grotesco, poco artístico y claramente nada terrorífico, pero precisamente ahí se esconde su encanto.

Tenía grandes planes para ese domingo. Tantas semanas esperando me habían dado el tiempo suficiente para tener todo minuciosamente calculado. Debía tener cuidado de no cometer ningún error, por lo cual preferí no contarle a nadie sobre mi

plan. 10:00 me levanté, me duché y me puse el mismo jean sucio que me había puesto todo el mes. Suciedad en honor a esa indiferencia que siento por las festividades y repentino espíritu alegre que invade a la gente este mes tan cagado –climáticamente hablando, claro–.

11:00 salí a comprar un sánduche de queso con mucho ajo, un café y un tabaco. 11:15 me senté en el parque a desayunar, me leí el capítulo nueve de Rayuela, mi preferido. Ese que habla del cíclope. Cortázar me enloquece.

Desde la décima vez que me leí ese libro hay Cronopios vigilándome y leo con sigilo, sin dejar pasar nada, no vaya a ser que se pongan a cantar y las Famas se enojen, 11:40 volví a casa. Finalmente un día libre de rutina.

12:00 Kambú se levanta, 12:15 decide no bañarse y andar con esos bóxers de cassetes verdes y sin nada arriba buscando como loca el cepillo de dientes. Termina usando el mío, como siempre.

2:00 Una pasta dura, papas fritas deformes, te de limón: almuerzo hecho por Kambú.

2:20 el gato de la vecina tirándose al perro de la esquina, 2:20 un niño robando una manzana verde en la tienda, 2:30 una ambulancia, 2:34 la pelea del primer piso.

2:45 Kambú gritándome: qué calor, qué frío, qué llenura, estoy obesa, quiero vomitar, salgamos, no duermas tanto, no fumes tanto, no comas tanto, 2:50 ¿dónde está mi cepillo?, no me pellizques la nalga, ni la teta, imbécil.

3:00 Salí a recoger el paquete, 3:30 pagué.

4:00 entré al supermercado a conseguir el maldito cepillo y la maldita crema para dientes no sensibles, 4:30 me encontré con Andrés, tan llevado como siempre el muy afortunado.

5:00 ¿Kambú, dañaste el reloj de nuevo o el tiempo está retrasado hoy?, 5:15 le di un beso a Kambú, 5:30 desaparecieron los bóxers, 5:55.

7:10 ¿Quieres comer algo? 7:11 una cerveza.
7:30 Kambú se bañó.

8:05 metí el paquete en mi maleta, 8:10 se vistió, 8:20 salimos caminando, los domingos no son días de polución. 8:50 Llegamos en menos tiempo del esperado. Ansiedad saliendo por los poros. 8:55 Nos sentamos

en nuestros puestos, que por cierto eran los mejores del lugar. Centrados y ni muy arriba ni muy abajo. Y para completar la perfección de la noche, ningún cabezón cerca.

9:00 empezó la película. Sentí un nudo en la garganta y no podía dejar de sonreír. Miré a Kambú y tenía lágrimas en la cara, de risa, claro. La historia era de una pareja de americanos en China, que iban de visita a un cementerio y allí se encontraban con el guardián del lugar, quien los llevaba a un recorrido por las tumbas.

De repente el hombre escucha a su novia gritando, se acerca y la ve convulsionando de miedo. Se acerca y ve dos tumbas contiguas con sus nombres y la fecha de ese día inscrita en ella. Ahí comienza mi parte preferida, las cabezas rodando, la ropa rasgada,

extremidades regadas por el suelo, la cara de placer del guardián y los ríos de sangre, materia fecal, materia gris y sesos.

10:00 Meto la mano en la maleta, 10:01 saco el contenido del paquete.

10:05 Miro a Kambú. Hermosa. Exacta. Inteligente. Risueña. Cinéfila. Cronopia. 10:06 Me levanto. Las puertas de la sala aseguradas, nadie encuentra las llaves. Las salidas de emergencia bloqueadas, nadie sabe qué sucedió con el encargado. No encienden las luces. La película sigue rodando. Pero esta vez no en la pantalla grande, sino en vivo y en directo. Solo para Kambú y para mí. La premier de nuestras vidas.

10:30 miro a mi alrededor y me sorprende lo hermoso y escarlata del lugar.



Fotografía: Andrés David Guzmán Henao / Yennifer Cano Rojas

Tríptico de la vergüenza

Andrés David Guzmán Henao / Yennifer Cano Rojas

La vergüenza es la gracia dada a los hombres para que no olviden su carácter imperfecto, pensé al verla entrar toda mojada y con el duplicado de mis llaves. Me sonrió y se dirigió hacia el closet. Mi camisa de *Pink Floyd* le quedaba precisa. Se había quitado el *brassier* sin sonrojo alguno. Si existía la vergüenza, ella no sabía qué era.

Aún no entendía por qué la había invitado, peor todavía, creía que no vendría. El sinfín estaba listo, la cámara fotográfica también. Desnúdate –le dije. Hola cómo estoy, yo muy bien, de maravilla; antes al menos disimulabas un poco la lujuria. No es eso –creo que me sonrojé-, quiero comenzar rápido; desnúdate. Mientras terminaba de regular el temporizador vi su rostro complacido.

Ahí estábamos los dos después de seis

meses de separación, luego de los insultos-súplicas de una conversación que terminó con un rompimiento. Ahí estábamos, ella encima de una mesa y yo detrás de la cámara, cuando mi Nikon D-3000 se disparó por primera vez, generando su característico click. Le junté los brazos, le acomodé el cabello tras los hombros. Perfecta. ¿Y cómo te fue en Bogotá? ¿Cuándo te enteraste? – respondió, con un rostro que se semejaba a la sorpresa.

Me contaron, te fuiste a las horas de haber terminado conmigo, ¿No? ¿Terminamos como a las doce de la noche? Sí. Me fui a las cinco de la tarde del mismo día. Click. Agaché la cabeza, no le quería mostrar mi enfado. Había una exposición –continuó-, Juan me llamó por la mañana, como a las diez, me preguntó qué iba a hacer, yo le dije que nada, ya no tenía nada que hacer, las

cosas contigo se habían terminado, tú no ibas a llamar de nuevo, nunca lo haces, esa es tu ley: mostrar que nada te importa lo suficiente como para afectarte, pasarte por el lado del mundo sin tocarlo, inadvertido; yo estaba aburrida, por qué no hacerlo, nada me ataba. Empecé a delinear por su mano izquierda la esquina de Medellín.

La verdad fue lo único que se me ocurrió, hasta ahora pintar el mapa del Valle de Aburrá en el cuerpo de una mujer era sólo una vaga idea. Ambos sabíamos que yo la había llamado ese fin de semana. Había utilizado un celular ajeno, pero insistí como sólo un tarado como yo sabe hacerlo. Ambos sabíamos que no había contestado en todo el fin de semana. Lo más probable es que supiera a quién pertenecía la voz al otro lado. Yo sí te llamé -le dije, todo el fin de semana lo

hice, se me cansaron los dedos, hasta llamé a tu hermana, cuando me contó... Click. El rostro de sorpresa en ese momento parecía ensayado. No movió un solo músculo. El norte del Valle de Aburrá ya empezaba a delinearse. ¿Y dormiste con Juan?-pregunté. Aunque no sea de tu incumbencia, sí, dormimos en la misma casa. ¿Con él, en la misma cama? Sí. Click. Ya alcanzaba la zona de su sexo cuando sentí el primer movimiento de su cuerpo, una especie de escozor que se le transmitió a mi mano. Respire hondo. Continué. ¿Cuántas veces tuvieron relaciones sexuales?

Andrés, mira, si yo por primera vez fuera a hablar de mi vida íntima, no vendría a ser con el hombre con el que casi me caso ¿A ti te gustaría que estuviera contando lo que hacíamos tú y yo a la gente? ¿Que le contara a tu jefe cómo nos encerrábamos al medio día en tu oficina a fornicar? No, no te gustaría;

a ninguno de los dos nos hace bien; para eso me trajiste aquí, para que te contara acerca de eso; complácete con saber que desde ese tiempo no lo he vuelto a ver; ahora estamos solos tú y yo... Johana –interrumpí, cuántas veces; sólo es contar, uno: en la cama, dos: en una mesa. Cuántas, siete. ¿Siete? Click.

El número me sorprendió. No me quería poner cabalístico, pero el número me pareció mágico. Además, debo añadir, ni en nuestras mejores épocas nos habíamos consumido de esa manera. Ya el Valle de Aburrá prefiguraba su forma de arma enfundada. Empecé lentamente a demarcar las divisiones. Primero Caldas. No era porque allá nos hubiéramos conocido. No. Me parecía más lógico empezar de abajo hacia arriba. ¿Y te gustó? –pregunté.

La verdad, no tanto, era mejor con vos, era

menos posesivo, menos egoísta. ¿Cuántos orgasmos tuviste? Click. Por primera vez conocí como la vergüenza se dibujaba en su rostro. Esa era la finalidad de mi plan. En todos esos años juntos nunca tuvo un viso de vergüenza. Ella no sufría de esa enfermedad. Casi uno –respondió después de unos segundos de vacilación.

¿Casi uno? o sea que ni uno, esperarí­a que al menos hubieras vuelto un poco más complacida, que valiera la pena el viaje, no te parece. Si no hubiera estado pensando en ti tan constantemente hasta de pronto las cosas hubieran sido diferentes, varias veces lo llamé por tu nombre, le gritaba Andrés-Juan, una vez lo hice en medio del acto, no te imaginas la cara que hizo, pero no dijo nada, ni una palabra al respecto. Click.

La vi toda envuelta de líneas y colores, un azul para Caldas, un verde para Medellín, un café para Barbosa. La verdad sólo quería los detalles. Quería que se enfrentara a sus recuerdos. Perdonada estaba. Yo también había hecho lo mismo ese fin de semana. La infidelidad es necesaria. Me bastaba con que estuviera ahí, me excitaba la idea de fornicarme a mi ciudad. Poseerla toda. Juan era parte del pasado.

¿Te gusta más estar conmigo? Sí, con él todo era frío... ¿Cómo así qué frío? Sí, pasamos todo el fin de semana viendo televisión, sólo salíamos a buscar el desayuno y el almuerzo, y unas salidas al tren y a exposiciones; cuando me cogía de la mano él era por su parte y yo por el mía. ¿Se cogieron de la mano? -le grité. Click. A ella no le gustaba cogerse de

la mano. Ese era su único axioma. ¿Te cogiste de la mano con ese cretino que tanto te hizo daño?, y conmigo... Andrés no me atormentes con tus niñerías. Johana, dime que no es verdad; dime que recordaste mal.

Si seguís así, me voy. Ándate, anda a cogerle la mano. Click. Se puso la ropa como pudo. La vi salir sin importarle la lluvia que caía. Allá iba, la mujer-puta, la mujer-mentirosa, con una ciudad dibujada en el cuerpo. Cuando la vi desaparecer en la esquina asemeje a la mujer con la ciudad. Ahora mi ciudad era una ciudad dividida, bifronte, amarga como sexo marchito, vendida al mejor postor. Una ciudad llena de vergüenzas. Ya sólo quería huir de ella. Y se cogieron de la mano –grité, antes de cerrar la puerta con toda mi fuerza.

Ver hoem



bre rico

Estefanía Herrera Agudelo



Fotografía: Estefanía Herrera Agudelo

Él era el hombre más rico de la sabana, de las montañas y de Colombia entera. Se dice que tenía más reses que cualquiera, que le hacía préstamos al gobierno, que en su oscuridad siempre brillaba algo y que la riqueza que tenía le destruía la memoria.

A él no le gustaban los motores, ni los trajes, ni las casas con sus lujos. A él le gustaba lo natural; el puro misterio biológico. Lo fecundado por la madre tierra; lo que es de ella. Le gustaba tener una tierrita, o dos, o tres; amansar un hato y, de a poquito, hacerlo suyo. La plata casi no le gustaba, él decía que nadie le diría, ni siquiera el gobierno, que le prestara una vaquita.

Sus hermanos se reunían en su casa a leer a Dostoievski y a meter pollos vivos en agua hirviendo. Tenía una mujer espléndida que

no se dejaba mandar. A ella nadie le decía qué tenía que hacer, ella sola lo hacía y vivía feliz. Claro, ella a veces se enojaba, pero después se le pasaba. Ella era magnífica.

Él la quería a ella y a otras también. A él le gustaban mucho las mujeres, las que fueran, pero a veces, cuando le daba la exigencia, prefería las que tenían el cabello sano y el cuerpo extra-desnudo, porque si había algo que le gustara, era amasarles la cabellera mientras las veía en su forma primitiva.

Por eso tuvo nueve hijos. A unos, les puso nombres muy celestes; a otros, nombres muy mundanos. Ellos eran algo así como una mezcla de curas y brujos. Sé que había unos muy inteligentes, eso sí; lo que no sé, es cuáles eran, sí los que brotaron de las mieles del matrimonio o los que vinieron de

la sangre de las galleras. También le gustaba apostar.

Tenía un cañaduzal al lado de su casa, y su casa era tan vacía como las cañas que destripaba. Él, con sus mismísimas manos, les sacaba el alma y después las vendía. Hizo un buen comercio con las almas de la caña. A veces las vendía a sus hermanos y a veces al gobierno. Era como si el diablo mismo alistara sus clientes.

Un día, su mujer le regaló un gorro hecho con la piel de una vaca. Ella misma lo fabricó; hizo todo el proceso. Él se lo ponía cuando iba a cerrar un negocio o a abrir uno nuevo. Decía que se sentía más salvaje, más vivo. También llegó a decir que se sentía como una vaca y que él sabía cómo se sentían las vacas.

Así le fue creciendo la fortuna contada en tierras y vacas; ganando, ganando y ganando. Y así también, entre sentimientos bovinos y mujeres desenvainadas, se le fue pasando la vida.

Después, llevando encima como 70 años de teneres, se murió en la mitad de la sala de su casa. Le dio una enfermedad que dizque enloquece a las vacas. Las ganas de exprimir caña y de arriar ganado se le apagaron.

Su mujer murió 15 días después.

Los hijos, los nueve engendros del hombre más rico de Colombia, se fueron a Europa a contemplar las riquezas del nuevo mundo. El país lloró por dos meses la muerte del más rico de los ricos y, 80 años más tarde, otras gentes, contaron su historia en un periódico de anecdotarios.





Agradecimientos

De manera especial, el Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas quiere extender su agradecimiento a todos los participantes en este concurso, al jurado calificador y a las demás personas involucradas en este proceso, que han hecho posible la publicación del Primer libro electrónico artístico **BINARIUS**.

Al Departamento de Desarrollo Artístico de la Universidad EAFIT por el apoyo en la logística del concurso, y al Departamento de Comunicación y Cultura por el trabajo de difusión. Al Fondo Editorial Universidad EAFIT por su acompañamiento y asesoría en el proceso de edición, y a los profesores del Laboratorio de Medios Digitales Media-Lab del pregrado en Comunicación Social, encargados del diseño de esta obra literaria.







*Autores
participantes*

Capítulo 1: Epistolar

Juan Guillermo Romero Toro
Robinson Úsuga Henao
Juan Camilo Restrepo Sánchez
Alejandra María Herrera Ciceri
Yuliana Lisbeth Jaramillo Guzmán
Liliana María Buitrago Franco
Alexander Barajas Maldonado
Eugenio Morales Montoya
Diana Catalina Muñetones Vásquez
Andrés Felipe Restrepo Palacio
Beatriz Eugenia Garcés Beltrán
José Daniel Henao Grisales
Marta Cecilia Mora Ramírez
Óscar Arango Franco

Capítulo 2: Poesía

Laura Gutiérrez Ardila
José Manuel Duque López
Boris Julián Ramírez Barrera
Brenda Rocío Romero Díaz
Pedro José Giraldo Franco
Juliana Giraldo Franco
Juan Fernando Osorio Salas
David Ricardo Murcia Sánchez
David Rendón Peláez
Clara Inés Duque Tello
Clara Cecilia Rada Pérez
María Alejandra Calle-Cook
Robert W. Cook

Capítulo 3: Relato Corto

Paula Andrea Rúa Tobón

Claudia Restrepo Ruiz

José Luis Ruiz Vélez

Esteban Arenas Sánchez

Santiago Muñoz Marzola

Lina Marcela Durango Giraldo

Tomás Montoya Uribe

Fernando Mora Meléndez

Juan José Muñoz Gómez

Cristhian Felipe Agudelo Bolívar

Olga Tatiana Pajares Vallejo

Andrés David Guzmán Henao

Yennifer Cano Rojas

Estefanía Herrera Agudelo



PUBLICACIÓN DIGITAL
BINARIUS
LIBRO ELECTRÓNICO ARTÍSTICO
2011

Primera edición: agosto de 2011
Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría
Carrera 49 N. 7 Sur-50

ISBN: 978-958-720-101-7

Textos y fotografías: Finalistas del Primer Concurso de Fotografía y Narrativa 2010.

Diseño y montaje: María Isabel Zapata Cárdenas.
Docente Laboratorio de Medios Digitales Media-Lab.
Pregrado en Comunicación Social. Escuela de Ciencias y Humanidades. Universidad EAFIT.

Benefitenses
Culturalmente
activos







ISBN 978-958-720-101-7



9 789587 201017